XXVI CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

XXVI CONCURSO DE CUENTOS VALENTÍN ANDRÉS

Convocado por la
Asociación Cultural
"Valentín Andrés"

GRAU / GRADO 2018

Agradecimientos por el patrocinio de:
Gobierno del Principado de Asturias, Ayuntamiento de Grado,
Benfer, Funeraria San Pedro, Grado Salud,
Obra Social "la Caixa", Restaurante La Parra y Librería Santa Ana.

Edita:
Asociación Cultural "Valentín Andrés"
www.valentinandres.com

Portada:

Amado Favila González Hevia

Ilustraciones:

Carmen Peláez

Imprime:
Imprastur

D.L. AS-3375-2018

Prólogo

Cazar el búfalo

El escritor chileno Roberto Bolaño se pasó los años ochenta y parte de los noventa presentándose a todos los concursos provinciales españoles que podía. Los llamaba «premios búfalo», porque «un piel roja tenía que salir a cazar, pues le iba en ello la vida». Gracias a esos premios pudo subsistir y hacerse un nombre y llegar a ser el escritor mítico que es hoy día.

Yo sólo he ganado un concurso en mi vida. Aunque también es cierto que únicamente me presenté a cuatro. Gané uno de jóvenes creadores de Madrid, que me entregó la mujer del entonces presidente del Gobierno, Aznar, que de aquella era concejala de Cultura, y perdí –si se puede emplear este verbo en algo tan complicado, pues en la elección del ganador, siempre y cuando sea un concurso sin amañar, hay una parte en la que un esforzado jurado que trabaja por amor al arte expresa sus gustos personales y otra de puro azar–, y perdí, repito, uno en Zaragoza, otro en Sevilla y este mismo que ahora tengo el honor de prologar. Porque yo perdí el concurso de cuentos Valentín Andrés.

En estos momentos es cuando por la imaginación de los lectores, de los afortunados ganadores, de parte de los concursantes y del esforzado jurado al que me he referido unas líneas arriba, pasa la idea de un escritor sediento de venganza que señala con el dedo a todos aquellos desgraciados que no supieron ver su genio en su momento. Ese escritor se ríe delante de su ordenador y se mesa la barba pensando en qué escribirá a continuación. Y escribe esto: «Queridos lecto-

res, afortunados ganadores, parte de los concursantes y esforzado jurado, no temáis, soy consciente de que no merecía ganar. El cuento con el que concursé era malísimo. Tan malo que hace décadas que lo destruí para que lo poco de bueno que tuviera volviera, con suerte, a surgir en un texto mejor. Pero –y ahora viene otra sorpresa– lo que nadie sabe es que ese cuento que presenté fue el primer cuento que escribí en toda mi vida».

Yo tenía 19 años y había dejado la universidad. Vivía en Grado, en casa de mi hermana, su marido y su hija recién nacida. Llovía sin parar y yo no sabía qué hacer con mi vida. Como la mayoría de los adolescentes, creía que las decisiones que tomara serían para siempre, definitivas, y por lo tanto no tomaba ninguna. Estaba deprimido de ese modo blando y dulce, algo amarillento y con viento que arrastra hojas, en que lo estamos cuando somos demasiado jóvenes y, en realidad, sólo nos encontramos un poco asustados y muy aburridos. Así que, mientras aplazaba las decisiones, me dedicaba a beber los fines de semana, a escribir cartas de amor a mi novia, que se había ido lejos a estudiar Bellas Artes, a leer todo lo que caía en mis manos y a buscarle un sentido a esta vida. Mis padres, que como toda su generación habían tenido que tomar demasiadas decisiones y demasiado pronto, no me metían ninguna prisa, y mi padre me dejaba robarle los libros que quería de su inmensa biblioteca. En esa época tuve mis primeros amores literarios. Algunos de ellos, con los años, han ido perdiendo su brillo y ahora incluso me hacen sentir un poco de vergüenza. Otros, como Capote, Jack London, Kerouac, Rimbaud, Borges, Vila-Matas o el citado cazador de búfalos, Bolaño, son estrellas muy brillantes en mi firmamento, el que nos alumbra y guía nuestro camino cuando nos sentimos perdidos en esa noche que es la hoja en blanco.

Muchas personas no llegan a descubrirlo nunca –sobre todo en la actualidad, cuando la filosofía im-

perante es este loco «no te quedes quieto, inténtalo sin descanso»– y mueren aturdidas y agotadas, pero con los años algunos comprobamos que muchos de los momentos más importantes en la vida ocurren cuando no ocurre nada y que muchas de las mayores lecciones las aprendimos cuando creíamos no estar haciendo absolutamente nada. Cuando, según los cánones productivos, perdíamos el tiempo. Y yo ese año perdí el tiempo a manos llenas.

Cuando eres un joven cachorro letraherido, llegas a creer que si comprendes a un escritor genial es porque tú también eres un genio. Para cuando te das cuenta de que por eso eran geniales, porque hasta alguien como tú puede comprenderlos, ya no suele haber marcha atrás. Uno se hace escritor por ignorancia, creyéndose capaz de serlo, y de las ruinas de su fracaso sale el escritor que en realidad estaba destinado a ser. Así que decidí escribir un cuento y ganar este concurso que ahora, dos décadas después, tengo el honor de prologar.

Si mal no recuerdo las bases explicitaban que el cuento debía tener cinco páginas, pero para justificarme me dije aquello de Juan Ramón Jiménez de «no la toques más, que así es la rosa» y presenté uno de tres, que fue lo máximo que logré con mis balbuceos. La historia era un disparate en el que alguien que se parecía mucho a mí resultaba ser el nuevo Mesías y otra persona, que también era igualita a mí, pero mayor y creo que sevillano, lo mataba sin querer y se convertía en un Judas imprevisto. Por supuesto, el único asesinato que logré contar fue el que mi talento cometió con la connivencia de mi vanidad.

Así que nada de venganza. Hace 19 años, salí a cazar el búfalo por primera vez y estoy agradecido de no haberlo conseguido a la primera. De haber sido así, además de que este premio no sería el referente de calidad y talento que es, probablemente me hubiera conformado y no habría seguido caminando. Nos

hacemos escritores mientras tratamos de escribir y, cuando nos queremos dar cuenta, lo menos importante es el búfalo, que es sólo una excusa para seguir intentándolo y llevar la única vida que puede llevar un creador.

Sin duda, entre estas páginas habrá muchos cazadores y cazadoras experimentados y otros que apenas estén comenzando. A todos les deseo que disfruten de la recompensa. Felicidades. Nos vemos en la pradera.

Manuel Astur

ACTA DEL FALLO DEL XXVI CONCURSO INTERNACIONAL DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS"

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día veintiséis de junio de 2018, se reúne el Jurado calificador del XXVI Concurso Internacional de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, CaixaBank, Benfer, Funeraria San Pedro, PoliClinica Grado, Restaurante La Parra y Librería Santa Ana, formado por los miembros del jurado:

Dª. Ana Alba
D. Javier Calvo
Dª. María Luisa García
Dª. Carmen Jardón
D. Daniel Ramos

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXVI Concurso Internacional de Cuentos "Valentín Andrés".

Bajo la Presidencia de D. Javier Calvo, y actuando como Secretario D. Daniel Ramos, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La casa que me habita"** presentado bajo el seudónimo ***Adilen13*** y que corresponde a **Dª Nélida Leal Rodríguez de Cádiz.**

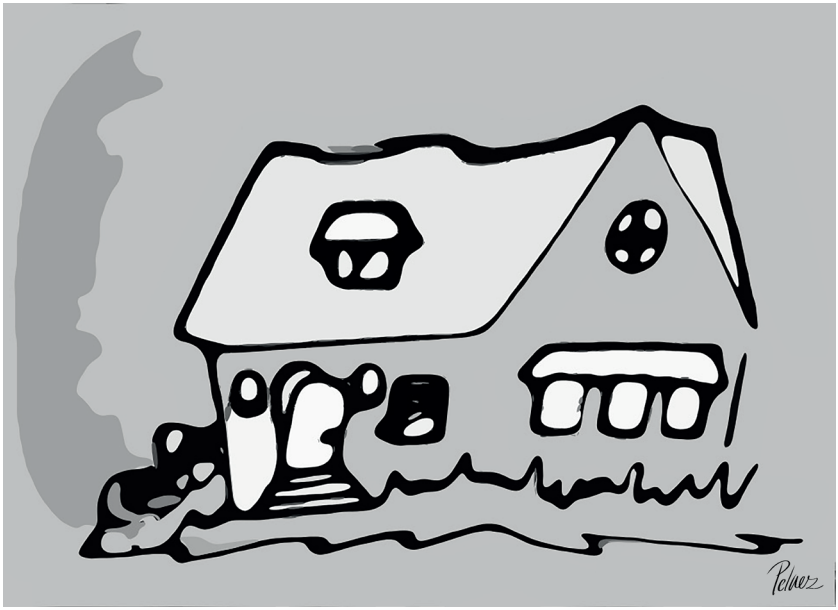
2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Pandora al amanecer"** presentado bajo el seudónimo ***Spyrou*** y que corresponde a **Juan Carlos Fernández León de Fuenlabrada (Madrid).**

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día veintiséis de junio de 2018. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio
Categoría Internacional

Nelida Leal Rodríguez
Cádiz

La casa que me habita



Nelida Leal Rodriguez

Núremberg en 1975

Nacida en Núremberg en 1975, desde 2010, de forma más o menos ininterrumpida, he compaginado mi vida laboral y familiar con la literaria, habiendo obtenido hasta el momento alrededor de 40 reconocimientos; he aquí una lista de la mayoría de ellos:

- Primer premio XXVI Concurso internacional de cuentos Valentín Andrés. Grado. Asturias.2018
- Primer premio XII Concurso de relatos Victoria Sendón.... Ecija, Sevilla. 2018
- Segundo Premio Narrativa III Concurso Asociación Amas de casa, consumidores y usuarios Lorca. Murcia. 2018
- Primer Premio XXIII Certamen literario Clara Campoamor. Granada. 2018.
- Primer premio XXV Certamen sobre la mujer, modalidad poesía. Toledo. 2018
- Primer Premio XIX Certamen Narraciones Breves Hermanos Caba. Cáceres.2017
- Primer Premio XXVI Concurso regional de Poesía Isabel Ovín. Sevilla. 2017.
- Tercer Premio VII Edición Premio literario Baros Mod. Poesía. Lérida. 2017.
- Tercer Premio IV Premio Antonio Reyes Huertas. Campanario. Badajoz. 2017.
- Primer Premio XV Concurso Relato Corto Caños Dorados.... Córdoba. 2017
- Segundo Premio Concurso Poemas Asoc. Corazones de Tejina 2017. Tenerife.2017
- Segundo Premio Premio de Relatos Huétor Vega 2017. Huétor Vega. Granada.2017.
- Primer Premio XXII Premio de Relatos ‘Ciudad de Palos’. Huelva 2017.
- Premio XI Concurso de Cartas de Amor. AVA. Grado. Asturias.2017

- Primer Premio XIV Certamen Literario “En igualdad”. Salteras. Sevilla. 2017
- Segundo Premio XVI Certamen Relatos Cortos AA San Juan Bosco. Córdoba, 2017
- Primer Premio XV Certamen ‘Escrits a la Tardor-Vila de L´Eliana’. Valencia. 2016
- Primer Premio IX Concurso de Cartas Amor de Torrelavega. Cantabria. 2016
- Segundo Premio XXXIX Certamen Relato Castillejo Benigno Vaquero. Granada. 2015.
- Primer Premio III Concurso de Relato ‘Ficción y Ciencia’ Universidad de Málaga. 2014.
- Primer Premio XIX Premio de Relatos ‘Ciudad de Palos’. Palos de la Fra. Huelva. 2014.
- Primer Premio XIII Concurso de Relato Corto de Iznájar. Iznájar. Córdoba. 2014.
- Primer Premio Primavera en Triana Puente de Barcas. Sevilla. 2014.
- Primer Premio Concurso Literario Botillo 2014. Bembibre (León). 2014.
- Primer Premio X Certamen Literario Ana María Cerrato. Sta Amalia. Badajoz. 2014.
- Segundo Premio X Certamen de Relatos Breves sobre Igualdad de Género. Aranda del Duero (Burgos). 2014.
- Segundo Premio VII Certamen Cartas Amor San Vicente de Alcántara. Badajoz. 2014.
- Primer Premio XX Concurso ‘Relatos de Igualdad de Mujeres y Hombres’. Miranda de Ebro. Burgos 2013.
- Primer Premio XIV Certamen Literario Dulcinea. Zaragoza 2013.
- Primer Premio XII Certamen Relatos sobre Mujer del CIM. Cádiz 2013.
- Primer Premio XVIII Concurso Háblame de Amor y Amistad. Madrid 2011.
- Primer Premio XII Certamen Nacional de Relato Breve “Relatos de Mujer”. Ayuntamiento de Bailén. Jaén 2011.
- Primer Premio II Certamen Relatos Cortos Memorial Conrada Muñoz, Fundación Sociedad y Justicia. Granada. 2011.

- Primer Premio Modalidad Marítima-Portuaria en X Certamen Literario Agrupación Cultural Carmen Martín Gaite de Relato Breve. Madrid 2010.
- Primer Premio en XX Certamen Literario Frasquita Larrea. Cádiz 2010.
- Primer Premio en XII Certamen Literario 'José Rodríguez Dumont'. Granada 2010.
- Primer Premio Relato VIII Certamen Literario "Carmen de Michelena. Jaén 2010.

La casa que me habita

Siempre he pensado que las casas nos habitan, que son ellas las que nos eligen, quienes deciden si somos cobijo apropiado para sus paredes y sus secretos. Sé que esta casa, esta casa que vigila en calma, que aparenta observarme con desinterés desde sus ventanas vestidas de falsa inocencia, nos eligió a todos y cada uno de nosotros. Con meticulosa precisión de psicópata nos fue escogiendo, aprendió a activar los más íntimos resortes de nuestra más oculta vileza, nos mutó en títeres sin criterio, y cuando todo estuvo concluido nos dejó allí y aguardó sin prisas la segura quiebra de la normalidad. Todo estuvo siempre previsto, desde el encuentro falsamente fortuito de mis padres hasta mi propio nacimiento o la llegada de las gemelas, era necesario que cada dato se produjese en tiempo y forma y, así, llegáramos todos a convivir, no por lazos de sangre, afinidad o mera imposición de los azares, sino por la implacable voluntad de sus ladrillos. Fuimos, sin quererlo pero sin rebelarnos, los protagonistas perfectos para que ella pudiera ejecutar la tragedia de nuestras vidas, y fue tan hábil el influjo, tan exacto el trazo enfermizo de sus designios, que ninguno de nosotros tuvo siquiera el valor de especular con la insurrección.

Todos menos yo, y aún así demoré casi diecisiete años en desafiarla, precipitando, con aquel gesto de pura desesperación, el declive tan largamente esperado de la casa maldita. Mi huida fue la respuesta, la salida providencial que me salvó a mí y también a ellos, pero no se debió nunca a mi coraje ni a su suerte: entendí que, a su pesar, la casa había comprendido que ya no podía asfixiarnos bajo sus cimientos, que la atmósfera podrida de sometimiento no se extendería más allá de sus confines, y había acabado al fin el tiempo de su tiranía. Todo terminó. Yo me marché,

mis hermanas crecieron y se alejaron también del escenario de su desgracia, mamá se fue desprendiendo poco a poco de su segunda piel, aquella hecha de miedo, sospecha y asco, hasta desaparecer del todo una noche de octubre, y mi padre se enfrentó a sí mismo en el espejo y al fin encontró el valor para liberarnos a destiempo de la cobardía a la que nos había condenado en los albores de la adolescencia. Todo pareció encajar: la casa había fracasado, no había conseguido acabar con nosotros, ni evitar que nos fabricáramos una identidad nueva. Al marcharme yo, evité que todos nos pudriéramos en el caldo inmundo que brotaba de sus paredes revestidas de aberraciones y humedad. Me convertí en un superviviente, en un habitante más de los barrios marginales donde nadie podía haberme reconocido, hasta mimetizarme con todos los desdichados que resistían sin ánimo siquiera para imaginar otra alternativa. Mi huida me desprendió de mi barniz de chico bien y me obligó a protagonizar una vida que nunca me hubiera correspondido en el seno de la familia opulenta donde vine a nacer, pero de qué otro modo podría haber eludido el aura destructiva que respirábamos en la casa maldita, si mis padres, enredados en sus viscosas cadenas de convencionalismos y miedo al qué dirán, jamás habrían dado el obligatorio paso al frente que les habría condenado al ostracismo de no ser quienes pretendían.

Imagino que aún me odia. Que a pesar de su soledad forzosa, de la decadencia que carcome sus cimientos y de la suciedad que ha invadido sus dominios, aún palpita en su corazón de piedra el eco de la venganza contra el hijo pródigo que no sólo la abandonó, sino que se llevó con él la fuerza poderosa que la sustentaba.

Siento miedo. Como entonces. Exactamente igual que entonces.

Sé que hoy soy un hombre de modesta pero razonablemente limpia reputación. Nadie sabe de mi pasado, de mi adolescencia acosada por el resenti-

miento, la ira y el temor, de lo que hube de soportar en esa casa que me mira con fingida indiferencia desde la atalaya de más de veinte años de distancia. Soy un respetable cabeza de familia, un marido digno o al menos aceptable, padre de dos hijas que, hasta donde me alcanza el cinismo, todavía no han encontrado serios motivos para aborrecerme. Me salvé porque huí, porque supe reinventarme, porque abrí las puertas de la demencia y escogí la libertad y la cordura. Conmigo, salieron también la iniquidad y el dolor, arrastré con mi mente ya perturbada, enferma, todo lo que a su vez me había enfermado a mí. Desde que me fui, todo cambió.

Pero aunque a simple vista lo pareciera, la casa no se conformó del todo. Mudó de propósitos y decreció el nivel absolutista de sus exigencias, pero no por ello aceptó su condición de mero ente inanimado. Sólo quedaban mis padres, así que absorbió sus almas hasta el más ínfimo átomo, cambió una fatalidad por otra y, esta vez, salió victoriosa. Mamá, aunque consumida entre remordimientos y angustia, también supo huir y fue mi padre el que acusó de veras el letal y crónico asalto de la siniestra atmósfera de la casa, acosado una y otra vez por los recuerdos, sin poder salir de allí porque estaba retenido por los grilletes de la vergüenza. Mamá nunca hizo nada por evitar el daño, es verdad, pero nunca tuvo real protagonismo, se limitó a ser la testigo aterrada y pasiva que jamás habría sabido romper su propio letargo, pero fue a mi padre a quien acudimos todos buscando ayuda y quien cobardemente dejó que nos ahogáramos en nuestra miseria, y contra él se volvió la casa, enfurecida porque, después de todo, se había quedado sin las víctimas que realmente condensaban el espanto y la locura. Supongo que a mi padre acabó por no quedarle nada por lo que resistir y se volvió presa fácil del aire infame que reclamaba venganza, supongo que le asfixió el peso de su propia memoria, que el reflejo de su rostro indigno en el espejo se le volvió una visión demasiado insoportable, y, supongo, al fin, que por eso descolgó el teléfono y me llamó hace un año, y

que por eso, al yo colgarle, tuvo al fin el valor de colgarse también a sí mismo, de liberarnos a sus hijos de la certeza vieja y ya carcomida por el tiempo y la desidia de que jamás hizo nada para evitarnos el horror.

A veces me pregunto si todo hubiera sido igual de haberme quedado yo con ellos, de haber continuado la estela de sangre y gritos que se inició a mis catorce años, si mis hermanas habrían logrado de la misma forma, como finalmente hicieron, arañarse de su piel ultrajada el tacto infecto de su abusador y fabricarse una nueva, una donde nadie pudiera siquiera sospechar cuántas veces antes había sido contaminada por la lujuria aberrante de quien jamás debió tener oportunidad para la redención, pero jamás fue castigado.

Pero sí. Esta casa jamás se habría quedado satisfecha del todo, como un adicto que nunca halla la paz, que agoniza en una espiral de creciente dependencia, aumentando la dosis mientras merma su ya herida de muerte resistencia. Conmigo, sin mí, antes o después, daba igual..., la muerte acabaría por adueñarse de todo. La muerte era el fin, el propósito último, la meta que la funesta construcción donde crecí buscaba al convocarnos. Y no le ha bastado la de mi padre: si acaso, esa sólo ha estimulado su enfermo apetito destructor. Anoche me convencí de ello.

Y, ahora, incluso al otro lado de la calle, entumecidos mis miembros por el peso agrio del recuerdo, por la impotencia y por la desgastada, casi desvaída, rabia de no haber logrado anular el miserable efecto de su sombra, siento que el impuso aberrante que anoche sacudió mi memoria no fue un doloroso pero ficticio juego de mi mente torturada: no era más que una advertencia, la llamada exigente de este nido infecto que ahora me contempla, que me confirma que la casa reclama de mí un nuevo sacrificio. Veinte años no han servido para aplacar su siniestra avidez, lo noto, sin que quepa el engaño ante esta postal de una vivienda semiderruida y en completo abandono. Bajo su aparente ocaso, continúa respirando, a la espera, aguar-

dando que nos acerquemos a ella, que confundamos el deterioro con la inocuidad y ella pueda de nuevo inyectarnos su veneno, como hizo entonces, maligna emperatriz de nuestra vida, capaz de dejarnos creer que seríamos felices, que seríamos una familia normal, afortunada incluso, y dejando que la perversión fuera poco a poco, día tras día, contaminando el aire hasta la negra jornada en que se soltaron los últimos nudos de la contención y la cordura y el infierno se nos volvió el único hogar posible. Aquel fue el día en que mis hermanas amanecieron en una cama profanada y sucia de sangre y esperma maldito, en que mi madre eligió deliberadamente mirar hacia otro lado, en que mi padre se reveló como el más indigno de los hombres. Nadie pensó en ellas, ellas, utilizadas por la casa para sus infectas tretas. Mis hermanas. Dos criaturas de apenas trece años, dos seres ultrajados que no pudieron eludir el lugar donde la infancia muere para siempre.

Pero yo me fui.

Miro la casa y entrecierro los ojos, recordando. Aún desde el otro lado de la calle, aún desde los más de veinte años transcurridos, soy capaz de advertir el hálito intoxicado que emana de sus viejos muros. Me llama, la oigo, percibo la insidiosa cadencia de su magnetismo, y noto cómo mi vida de hoy, la cuidada ficción que yo creía cierta, que tal vez lo era, sufre la tortura de su hechizo con la misma intensidad que anoche deshizo para siempre mi esperanza. Sé que aunque me quedase para siempre aquí, incluso fuera de ella, incluso vestido con la madurez de mis casi cuarenta años, incluso sabiendo que sólo alcancé a vivir de veras cuando atravesé sus puertas para no regresar jamás, me alcanzarán los viscosos tentáculos de la locura que nos reunió a todos bajo su techo. La que convirtió a mi padre en un ser atormentado y huidizo, incapaz de combatir la tragedia cotidiana de las noches, a mi madre en una mujer casi desvanecida por la vergüenza, la tristeza y el desamparo, a mis hermanas en las indefensas criaturas martirizadas por la perversión de uno, la cobardía de otro, la pasividad de la tercera que hubiera podido,

que hubiese debido protegerlas. Nada salió según el plan previsto, o quizá sí, quizá todo pasó como la casa quería. Casi diecinueve años después de la primera e inútil llamada de auxilio, mi padre anudó una cuerda a la lámpara del dormitorio de las gemelas, minutos después de anunciarme sus propósitos, y acabó en un mismo gesto con la incertidumbre de no saber si sus hijas ya adultas seguirían sufriendo pesadillas por las noches, acosadas por el recuerdo, o si mi madre le habría perdonado alguna vez no haber puesto fin a la atrocidad que la casa, lo sé, acogía cada madrugada con sonrisa complacida, o si yo no regresaría en algún momento, no ya para repetir viejos errores, sino para reprocharle a él que me dejara solo, a merced de aquella mezcla emponzoñada que me hervía dentro: sintiéndome distinto, inferior, en desventaja, hostigado por mil traumas absurdos y falaces, pero de tal intensidad que sólo aprendí a combatirlos con la violencia, primero, con la cobardía, después. Pero no: mi padre nunca estuvo dispuesto, mi padre debió haberme salvado de mí mismo, pero mi padre sólo hizo una cosa por mí, hace ahora justamente un año: me regaló al fin una verdad ribeteada por dos décadas de ausencia y remordimiento.

- No puedo vivir con este peso. No quiero vivir con esto - me dijo. La voz rota y torturada de un viejo, la voz de un hombre inútil y cobarde, la voz de un padre inservible, indigno del perdón.

- Pues no vivas con esto - repuse yo, indiferente. Llevaba diecinueve años sin oír su voz, diecinueve años aprendiendo a no permitir a mi pasado que se engullera mi presente, diecinueve años creyéndome merecedor de seguir vivo.

- Vivía por tu madre. Nada más. Tus hermanas niegan mi existencia. Tú haces bien en ocultarles la tuya, ya no queda nadie más que yo, y yo no quiero vivir con esto.

- Ya.

- Nunca supe cómo ayudarte. A ellas no supe protegerlas y a ti no supe ayudarte.

- Encontré la manera de ayudarme a mí mismo. - respondí, con la voz del hombre que soy, del chico que fui.

Ese que hoy, ahora, frente al escenario de nuestra pesadilla, noto revivir bajo mi piel. El chico que fui quiere volver.

Y me veo, huyendo de aquella casa devastada bajo cuyo influjo salían nuestros demonios a pasear por sus habitaciones sin que nadie tuviera el valor de hacerles frente. Yo no era más que un crío, un chico inseguro y complicado, de secretos y oscuros abismos interiores, yo no habría sabido detener solo aquella espiral aberrante que cada noche sometía a mis hermanas a una tortura imperdonable. ¿Fui un cobarde por no afrontar yo mismo la realidad, por no buscar ayuda en otra parte, por no acabar con todo y liberarme así de la carga de ser quien era? No lo sé, sólo sé que era un adolescente martirizado y esclavo de mis miedos y mis pasiones y que la única alternativa que se me ocurrió fue huir, hastiado de que los supuestos adultos me negaran la misma existencia de mi desesperación, él reacio a aceptar las aberraciones que brotaban cada noche del dormitorio de las gemelas, ella por consagrarse a sobrevivir ignorando la realidad y al mismo tiempo, para calmar, imagino, el resquicio de conciencia que le impedía dormir por las noches, consintiendo todos los caprichos de mis hermanas, que tal vez hallaron en aquel soborno repugnante la única compensación posible al calvario constante perpetrado tantas noches por su propia sangre.

Imagino que todos fuimos culpables, en alguna medida. Pero a veces, hoy más que nunca, estoy convencido de que la única culpable fue la casa.

Y mientras la miro, la certeza de su pecado me inunda, me sumerge en una ciénaga de recuerdos y

necesidad de expiación. Esta maldita casa, de engañosas paredes decrépitas y abandonadas, me enajenó hace casi veinte años, impidió a mis padres poner fin al bucle de sufrimiento y a mis hermanas huir ellas mismas, salir del infierno en que había devenido su existencia pero, a cambio, permitió que yo me dejase colonizar por mis fantasmas, que diera rienda suelta a mis más podridos impulsos y que sólo fuese capaz de enfrentarme a mí mismo huyendo de ella, de su insidiosa atmósfera de pecado y dolor. Ella fue la culpable, ella me volvió loco, anuló mi sensatez y mi humanidad, hizo de mí un monstruo perturbado e insensible, un ser inexpugnable al que su propio padre no acertó a erradicar, un ser al que dotó de la fuerza y la desfachatez necesaria para echar abajo las puertas cerradas y hallar siempre paso franco a mis desmanes de mala bestia.

¿Fui yo el vehículo de la magia negra de esta casa ya abandonada y vacía? ¿Fui yo la excusa, la coartada siniestra con la que todos canalizaron su viscosa influencia? Yo nunca quise hacer lo que hice, pero jamás pude remediarlo. Quizá ellos nunca pudieran remediar tampoco que la casa los volviera cómplices de una ruindad que yo llevé a cabo y ellos consintieron, ni yo mismo acierto a comprender ahora cómo me permitió escapar, reunir el valor de huir de ella, de cruzar para siempre su envilecido umbral, para salvarlos a ellos, y a mí mismo, en un único y desesperado gesto.

Pero anoche lo comprendí. Anoche se me hizo evidente el propósito último, el definitivo, el que ya se vislumbraba en aquellos lejanos, pretéritos tiempos de pubertad y desmanes, esos en los que yo creí haber llegado a lo más bajo del inframundo, y, sin embargo, sólo estaba ensayando para mi papel principal, el que me estaba destinado, el de ser el más abyecto entre los abyectos, el de rebasar el nivel más ínfimo, más descarnadamente miserable, que puede alcanzar un ser humano. Podría aceptar ser quien soy, y trazar una nueva caída a los abismos, sin importarme ya las consecuencias, podría dejar de rebelarme contra mi

misma esencia y arrastrar conmigo a quien quiera que esta casa ordena que me acompañe en mi descenso al infierno, podría liberarme de este sentirme pura escoria, podría...

... Pero, mientras camino hacia el agreste jardín salpicado de basura en el que hace mil siglos yo jugué a creerme un niño normal, mientras compruebo sin extrañeza cómo la vieja llave - la que anoche, sumergido en sudor, busqué sin esperanza y hallé sin sorpresa - se desliza con inquietante facilidad en la herrumbrosa cerradura de la cancela y me permite acercarme hasta la puerta, mientras la abro y franqueo la entrada de mi particular averno, resuelvo que estoy cansado de luchar contra mi destino, pero no puedo hallarme más lejos de aceptarlo. Mis ojos otean la penumbra envenenada donde, hace ya tanto, intuí que sólo la muerte podría liberarme. Noto cómo la casa se cierne sobre mi figura largamente añorada, cómo penetra en mis pulmones la fétida presencia cargada de presagios que intenta con urgencia volver a dominarme, pero noto, también noto, que soy el hombre libre más esclavizado que jamás podría concebirse.

Durante un minuto completo, a pesar de que el horror de temerme a un paso incierto de volver a creerme a salvo - y, con ello, firmar mi propia sentencia - me consume, una calma hasta ahora desconocida por completo me recorre los miembros, y es tal el alivio que inunda mis ojos de lágrimas que casi me siento, yo, pavoroso ejemplar de aberración humana, digno del perdón. Han tenido que transcurrir casi cuarenta años para que al fin acepte cuanto soy, con todas sus dantescas implicaciones, para que pueda ordenar las piezas del puzzle de mi vida y concluir que la última es justo la que estoy a punto de colocar sobre la mesa completando, ¡por fin completando!, esta existencia mía poblada de angustias y de culpas. Pero, cuando noto el cañón del revólver dentro de mis labios, mi alma comprende, y he de concentrarme para no sonreír. No importa que esta casa cierre con un segundo suicidio el ciclo infernal que inició hace más de veinte

años: lo que importa, lo que determina que a pesar de las apariencias y de todo el terror que provoqué un día yo acabe siendo el ganador en este tétrico duelo, es lo que anoche logré evitar al contemplar a mis hijas con la misma mirada turbia que prendieron en mi enferma psique la visión de mis hermanas. Que mi sangre salpique de arrepentimiento estas paredes y sea capaz de limpiar el atroz legado que inoculó en mis venas, sólo pido, imploro, la llegada de un final.

Cuando aprieto el gatillo, rezo porque esto lo sea.

2.º Premio | **Juan Carlos Fernández León**
Categoría Internacional | Madrid

Pandora al amanecer

Juan Carlos Fernández León

Madrid, 1970

Juan Carlos Fernández León. Madrid, 1970. Licenciado en Filología Hispánica, actualmente es profesor de Lengua y Literatura en el instituto Dolores Ibárruri de Fuenlabrada.

Ha colaborado en las revistas literarias Eñe, El Problema de Yorick, Culturamas y Los Cuadernos del Matemático.

Su primer libro de Relatos De sótanos y azoteas (Castalia, 2010) recibió el premio Tiflos.

Por su narrativa breve ha obtenido, entre otros, los premios Miguel de Unamuno, el Nacional de Periodistas de Ávila, el Cuentos Sobre Ruedas de Alsa y el Villa de Mazarrón. Fue finalista del Cosecha Ñ, de la Uned, de la Felguera y del Max Aub.

Pandora al amanecer

El matrimonio Spyrou, Dimitrios y Pandora, tiene una hija en edad escolar, la impagable hipoteca de un apartamento en el barrio de Plaka y una Vespa gris cuyo acatarrado motor barrunta una avería inminente. Hasta el mes pasado disfrutaron de un Volkswagen Golf rojo, pero se vieron obligados a venderlo a causa de la acentuada carestía de la gasolina y porque los lujos, aunque no les interese reconocerlo ante nadie, sobran en los tiempos duros de la necesidad.

- No me gustaba su color, empezaba a oler raro y era de fabricación alemana. A partir de ahora caminaré y el cuerpo me lo agradecerá- le dijo Pandora a Dimitrios enseñándole el dinero de la venta.

Suena el despertador en la casa de los Spyrou. El himno de la alegría es la melodía elegida para que los miembros de la familia echen a andar cada mañana. Helena, la hija única del matrimonio, es la que suele despertar antes y hoy no supone una excepción a la costumbre. Sus padres continúan enredados en la maraña de sus sueños unos minutos más. Tal vez ya no les afecte la alegría del himno o no crean en su significado o estén vacunados contra la esperanza de la música. Helena, sin embargo, despega los párpados sin conflictos de somnolencia ni asomo de desgana. Tiene el cabello rojizo y rizado, un lunar en la punta de la nariz y muchas ganas de formarse en el colegio. Por este motivo no le acosa la pereza al amanecer y se pone en pie como un resorte al escuchar las notas maestras de Beethoven.

Helena era la encargada de preparar el café con koulori mientras se desperezaban sus padres, pero desde hace algunos meses se conforma con derramar leche en un vaso y calentárselo en el microondas. Se bebe el desayuno al tiempo que lee con concentración

adictiva Sinsajo, la tercera parte de la trilogía de Los juegos del hambre, que ha ido sacando con inaudita rapidez de la Biblioteca Pública. Cuando acaba la última frase del capítulo bebe un último trago de leche, se levanta del sofá y con pasos sigilosos se adentra en el taller de su padre. Los rayos solares se filtran por entre los visillos e iluminan el paisaje del estudio, que huele a barro, a artesanía y a barniz. Nada más entrar, la niña se tapa los ojos con la visera de la mano. Ver tantas esculturas juntas le provoca un enigmático escalofrío que Helena reprime apartando la vista de las obras de su padre, algunas terminadas, otras en tránsito hacia la consumación. Cree que las figuras la observan con la misma mirada de su padre y le parece como si rechazaran lo que se dispone a hacer. Sobre una balda de la estantería, escoltada entre la Venus de Milo y la solemne cabeza de Homero, descansa la caja de las monedas. Mirando hacia atrás con prevención, Helena se cerciora de que sus padres no han despertado de pronto y la han seguido. Cuando se asegura de que está sola, aferra la caja de las monedas con diligencia y la aloja en la mochila de clase junto a los libros, los cuadernos y el estuche de los bolígrafos.

La casa de los Spyrou, que huele deliciosamente a sándalo, tiene una habitación de invitados que nadie ocupa, un candelabro de plata de seis brazos que nadie enciende y un póster en sepia de El hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci colgado de una pared del pasillo recibidor. Tres semanas atrás, el armario frontal del salón sostenía el peso abigarrado de una Siemens de plasma de 46 pulgadas, pero entre ambos, en una asamblea rápida y perentoria, decidieron librarse de ella porque era extremadamente grande y su exagerado tamaño podía dañar la vista de su hija.

· Veremos las noticias y las películas por Internet· le dijo Dimitrios a Pandora.

— Es además de marca alemana—le diría Pandora a su marido para apoyar la opción de venta del televisor.

Dimitrios Spyrou es un escultor de cierto renombre que un lustro atrás, cuando el arte y la cultura poseían aún prestigio en el país y se podía vivir de sus rescoldos, obtuvo el Premio de la Bienal de Escultura Ateniense por una obra que tituló Pandora al amanecer, de evidente inspiración clásica pero dotada de rasgos contemporáneos. Era aquel un Certamen, actualmente desaparecido, por el que pugnaban con verdadera contumacia cientos de artistas del país, jóvenes y veteranos. Dimitrios esculpió su obra en bronce y utilizó de modelo a su mujer, que aparecía tumbada sobre una cama poco antes de abrir una caja misteriosa. Estuvo consagrado a la obra seis meses y medio de duro trabajo artesano. El jurado de la Bienal valoró no solo la perfección de sus formas y el cuidadoso acabado de la escultura, sino también el rictus de aquella Pandora broncínea que se debatía entre la esperanza y la decepción. El Premio avaló a Dimitrios como una promesa de la escultura griega del momento y permitió que su obra, expuesta en el salón de actos del Parlamento, fuese admirada por todo aquel que sintiese curiosidad sobre la evolución del arte escultórico desde la antigüedad hasta nuestros días. La bolsa del Premio consistió en dieciocho mil euros y una imponente metopa que guardaba una valiosa colección de monedas de euro, céntimos incluidos. A partir de ese éxito, a Dimitrios le llovieron los encargos, otras obras del mismo estilo mestizo, patrocinadas por distintas fundaciones, pero esas ofertas de trabajo futuro se cortaron de cuajo cuando las arcas institucionales empezaron a soltar la pelusilla de la ruina. Le fueron retrasando los pagos hasta que desaparecieron, si bien le prometieron que dispondría de su minuta cuando aquella funesta marejada, que les estaba invadiendo como una suerte de ejército de termitas, concluyese de una vez por todas. Los burócratas no comprendían, o tal vez no les interesase comprender, que los materiales de sus obras eran costosos y que el tiempo del arte también poseía un precio. Dimitrios, cuyo carácter está dominado por el tesón, continuó trabajando sin desfallecer en la soledad de su estudio por dos razones: confiaba en el arte y en sí mismo y porque no sabía hacer nada más.

· Ningún despótico Estado va a impedir que mis manos sigan modelando la materia. Ningún despiadado rumbo político evitará que mis manos creen el milagro de la forma a partir de la nada· le diría a Pandora enfurecido.

Para no sucumbir, se le ocurrió una idea. Aunque se había especializado en bronce, creyó necesario sustituir ese material por la escayola. De ese modo ahorraría gastos sin verse forzado a prescindir de lo único que sabía hacer. Había decidido que seguiría trabajando, pero con pretensiones más modestas. Sus nuevas obras ya no estarían destinadas a la posteridad sino al bolsillo sonante de los turistas. Los alemanes, australianos, británicos y demás efímeros visitantes quedarían arrebatados con el impacto de sus esculturas de escayola. Dimitrios estaba convencido de que le pagarían lo que pidiera por ellas. Era un grande de la escultura griega, prácticamente un genio.

Nada más levantarse, Dimitrios estampa un beso en la mejilla de Pandora, que aún duerme. Abre una ventana, enciende un cigarrillo y se asoma a degustar el relente del amanecer. Curioseando en el cuarto de su hija, comprueba que se ha marchado a clase y acto seguido se relaja bajo una ducha fría. Mientras se impregna el cabello de un champú afrutado, idea el itinerario que va a seguir hoy: Museo Arqueológico de la avenida Patission por la mañana y el Templo de Atenea Niké por la tarde. Se seca, se peina y se mira al espejo. Antes de salir, le echa un último vistazo a Pandora desde la puerta, que sigue durmiendo placenteramente, y termina por adentrarse en su taller. En cuclillas, abre la cremallera de su bolsa de deporte en la que va metiendo los productos de su esfuerzo, el resultado de su arte prostituido, las reproducciones en escayola de las esculturas geniales que todos aquellos artistas, algunos anónimos, otros renombrados, legaron al futuro para que los hombres del futuro se recreasen o se ganasen la vida gracias a la magistral pericia de sus obras.

El barrio de Plaka, en una de cuyas arterias está ubicada la vivienda del matrimonio Spyrou, se compone de dos decenas de calles angostas cerradas al tráfico que rodean el mercado callejero y ruidoso de Pazari. A su espalda, la Acrópolis y el Partenón se elevan sobre el revoloteo humano del barrio y vigilan la ciudad desde la altura. Algunos de sus comercios, bastantes de sus restaurantes y unas cuantas de sus tiendas de regalos han ido gradualmente echando el cierre, bajando sus verjas metálicas sobre las que ahora aparecen dibujados todo tipo de consignas, retratos y grafitis, mensajes de protesta o de auxilio que testimonian los gritos de dolor de sus habitantes.

- De todas ellas, mi frase preferida es esa de Sois ladrones y lo sabéis que está pintada sobre el pecho de la estatua de Kolokotronis- le dijo Dimitrios a Pandora.

Helena cursa con éxito el primer año del Gymnasio en el Odysseas Elytis. Los maestros de la Dymotiko scholio habían asustado a sus alumnos asegurándoles que la Secundaria del Gymnasio era realmente difícil y no se parecía en nada a las sencillas clases que habían conocido hasta entonces.

- Los profesores son serios, rudos y exigentes y hay que estudiar de verdad- les diría a sus pupilos asustados Alexia Panagiota, la maestra de su viejo colegio.

Aunque el curso está siendo extraño por las circunstancias, las huelgas y los temores, Helena ha aprobado todos los exámenes. Destaca en Lengua Inglesa y en Artes Plásticas, en las que piensa especializarse en el Lykeio dentro de tres años, pero tampoco tiene problemas con el Griego Clásico y la Mitología, asignaturas nuevas para Helena en las debe emplearse a fondo. En esta última asignatura, en la clase de Mitología, ha aprendido quién fue Helena de Troya y qué productos tóxicos contenía la maravillosa caja de Pandora.

Helena se sienta en la primera fila del aula y asiste con entusiasta atención a las explicaciones de los profesores, asintiendo y respondiendo a las preguntas que lanzan al hábitat narcotizado de la clase. Si hay que resolver algún ejercicio en la pizarra, Helena se ofrece siempre voluntaria. No siente escrúpulos morales al permitir que sus compañeros copien sus ejercicios resueltos. Se nota que es la alumna predilecta de los docentes. Su peculiar encanto y la generosidad de su carácter la ha procurado una buena cantidad de amigos. Todos quieren secretear con ella. Como Helena sabe escuchar, se ha convertido en la depositaria de las confidencias de sus compañeros.

A pesar de que el mecanismo solidario se llevaba a escondidas, Helena se enteró ayer de que una de sus mejores amigas, Andreas Yiannou, recibe a diario vales de comida. Andreas nunca le comentó a nadie lo que ocurría en su casa. Perdió el conocimiento en clase un par de veces, tal vez tres, pero ninguno de sus compañeros intuyó que apenas ingería alimento. El director del Gymnasio, alertado por los desmayos de Andreas y de otros alumnos que como ella practicaban la abstinencia obligada, solicitó ayuda ministerial para paliar esta peligrosa problemática. Al principio de la jornada o al final de la misma, los profesores encargados reparten clandestinamente vales a los alumnos que los necesitan. Luego, se canjean por leche, galletas o bocadillos.

En una de las habituales ausencias de los profesores, Helena se aproxima a la mesa de Andreas y le susurra al oído que guarda algo para ella, un regalo secreto, la caja de Pandora. Andreas mira a su amiga con los ojos amplios de la incredulidad y parece que se le empapasen de lágrimas. Andreas ha olvidado la práctica del regalo y se emociona nada más escuchar esa palabra: regalo. Sin comentar nada a nadie, Helena y Andreas abandonan el aula cogidas del brazo en dirección a los aseos. Cuando entran, se encierran en una de sus cabinas. Helena se sienta sobre el inodoro y abre la mochila. En pie sobre ella, Andreas observa

sin parpadeos los actos minuciosos de su amiga. Con una gran sonrisa, Helena extrae de la mochila una caja y se la ofrece a Andreas, que no sabe qué decir, calla y la acepta. Es una hermosa caja forrada con un fieltro azul. Las manos de Andreas acarician la cubierta con delicadeza doméstica. Ábrela, le dice Helena, es para ti. Helena no deja de sonreír mientras los dedos finos de Andreas presionan un pequeño broche dorado que facilita la apertura de la caja. Como si se tratara de un cofre pirata, la boca y los ojos de Andreas se abren tras el impacto de la sorpresa. Luego mira a su amiga con esa desconfianza que nace del acto inusitado.

—Es una colección de las primeras monedas de euro. Son de cobre, níquel y acero. Su valor es muy superior a lo que indican. Te las regalo porque te quiero. Ahora son tuyas. Espero que te ayuden, amiga.

Atenas tiene un Ágora en cuyo perímetro antiguamente, hace tantos años que ya nadie lo recuerda pese a que esté escrito, el pueblo se reunía para discutir leyes y decidir la política futura de la ciudad. Alberga tenduchos callejeros que venden sabrosos gyros de cordero y dispone de una plaza, Syntagma, más frecuentada que nunca, pisoteada por los zuecos de la Guardia en cada cambio de turno, que recientemente ha acogido la moda de la congregación popular y algún que otro suicidio reivindicativo. Antes, a principios de año, la Galería Nacional de Atenas atesoraba un Picasso y un Mondrian, pero ya nadie puede contemplar esos cuadros porque los robaron a mano armada del mismo modo que la dignidad y los salarios y todas esas cosas visibles e invisibles que han desaparecido sin dejar rastro y sin que todavía se haya detenido a los culpables.

- Me encanta Syntagma cuando las cometas sobrevuelan nuestras cabezas al son de nuestros gritos- le diría Pandora a Dimitrios al inicio de una manifestación.

A lomos de su vieja Vespa, Dimitrios atraviesa carreteras de tráfico barroco esquivando los vehículos

osados que las abarrotan. Conducir en Atenas es un arte peligroso. El sol de junio calienta el asfalto y de la ebullición surge un humillo grisáceo que se pierde en las nubes. Bajo su casco, como una víbora inquieta, coletea la trenza que caracteriza la cabeza de Dimitrios. Sus puños embuten los manillares y el timón de su frente se orienta a toda velocidad. A esas horas de la mañana, Atenas hierve y bisbisea como si no ocurriera nada anómalo. Sus habitantes, con el miedo cuajado en las entrañas, respiran a duras penas, pero no han abandonado la lucha de vivir. Los atenienses sonríen menos que antes, aunque tienen los ojos y las gargantas más abiertos. No cejan de preguntarse quién fue el primero en destapar la caja de los truenos, aunque tal vez no exista respuesta para esa pregunta retórica.

En poco menos de quince minutos, Dimitrios llega al barrio de Eksarhia y en la calle Bouboulinas estaciona la moto, aherrojándola con cadena alrededor de una farola. Con la mochila a la espalda, Dimitrios se desplaza a pie por esas calles especialmente frecuentadas por turistas. Son reconocibles porque disparan sus revólveres fotográficos contra todo lo que permanece en quietud y exhibe el código de barras de lo antiguo. Atenas es de color pardo moteado de marengo y huele al perfume originario de la primacía.

En las escalinatas del Museo Arqueológico, Dimitrios levanta su tenderete y va colocando con milimétrico temple su mercancía: la escultura de Zeus, el busto del Minotauro, la Afrodita, un efebo. Las cuatro figuras se perpetúan sujetas sobre sendas peanas, labradas en escayola a tamaño real. Son obras maestras del plagio artesano, ricas en detalles y perfeccionadas al máximo. Salvo por los materiales con que están manufacturadas, ningún especialista podría descubrir la más mínima desviación con respecto a los modelos originales.

Tanto Dimitrios como sus esculturas despiertan la curiosidad de los visitantes del Museo Arqueológico.

Hombres y mujeres se van acercando con disimulo y escrutan las figuras con atisbos de admiración. Alguno se agacha para estudiarlas de cerca. Otro las toca y quiere saber lo que valen. La mayoría se aleja sin comentarios. Dimitrios suelta de carrerilla sus precios y la perorata del esfuerzo y el tiempo de su elaboración. Sin embargo, a los clientes no les interesan las circunstancias del trabajo, los artículos les resultan caros y se marchan sin abrir la cartera meneando la cabeza.

Según Dimitrios, de momento no hay lugar para rebajas ni ofertas. Sabe que debe ser fuerte y aguantar las acometidas a la baja del mercado. Reconoce que de un modo u otro está prostituyendo su arte, pero aún guarda una dosis suficiente de orgullo que le impide traicionar sus ideas. Está convencido de que tarde o temprano venderá la primera escultura. A partir de entonces todo será más sencillo.

Grecia posee casi un centenar de islas chiquitas donde brilla siempre el sol, una historia cultural envidiada por medio mundo y una buena cantidad de magnates que evaden sin escrúpulos capital rumbo a paraísos fiscales. Antes, en los antañones de su Historia ya prácticamente olvidada, los griegos permitían, cultivaban y defendían la esclavitud, una de cuyas modalidades, la servidumbre por deudas, consistía legalmente en que el deudor era subyugado por el acreedor hasta haber satisfecho el montante del débito. Tardaron varios siglos en prohibir esta costumbre.

- Conseguirán que regresemos a los viejos tiempos- se queja Pandora a Dimitrios.

- Ya hemos empezado a vivir en los viejos tiempos, mi amor- responde con sabiduría estoica Dimitrios.

Pandora duerme hasta que recibe alguna llamada o frenazo a su sueño profundo. Como en la escultura de Dimitrios, Pandora duerme bocabajo, la cabe-

za hundida en la almohada y el cabello largo, lacio y pelirrojo, remansando sobre la espalda. Las sábanas dejan entrever la silueta de su cuerpo, esa perfecta orografía diseñada por los dioses que la convirtió en estatua y en manjar de las miradas.

Pandora duerme con desprevención tantas horas porque no está sometida a la esclavitud de los horarios. Antes madrugaba para ir a trabajar al hospital de Nikaia donde ejercía de enfermera. Disfrutaba de un oficio que implicaba ayudar al prójimo, uno de esos trabajos vocacionales que escasean y engrandecen a la sociedad. La despidieron como a tantos otros trabajadores de la salud y al mismo tiempo que los despidos empezarían a desaparecer los materiales quirúrgicos, escamoteados por las garras del ahorro, justo cuando más aumentaban los pacientes. Pandora no se relajó ni se acomodó en la poltrona del desempleo, sino que buscó con verdadero empeño salidas a su crisis laboral. Consiguió un contrato corto de salario precario para trabajar en una consulta de Kafallinias, pero su buena suerte duró lo que perdura una estrella fugaz en el tapiz tupido del firmamento. Semanas atrás se topó con la posibilidad de ofrecer su ayuda en una ONG como voluntaria, a la caída de la tarde, donde un grupo de diligentes especialistas en medicina atiende sin coste alguno a los enfermos que no se pueden permitir la sanidad privada y que sobran, aunque suene a exabrupto o a ficción, de la pública.

Por las mañanas, Pandora duerme mientras espera la llamada de cualquier hombre que desee admirar la maravillosa belleza de sus perfiles divinos. Hasta el instante en que suene el timbre de la llamada, Pandora sueña con épocas gloriosas. A veces sueña que es una libélula verdeazulada que planea errante por los confines del mundo, sobrevolando los alrededores de una ribera rica en hojarasca diversa. Otras veces sueña que es un unicornio blanquísimo que trota a sus anchas por una pradera expedita de malas conductas. Pero el sueño que más se repite en sus noches y a lo

largo de sus largos amaneceres es aquel en el que Pandora aparece encarnada con las formas de una estatua de bronce que camina desnuda, hermosísima y brillante, rumbo a los brazos de otro hombre que no es el escultor de su propia belleza. Es un hombre desconocido que sonríe, se desnuda y, cuando la pesadilla de la transacción amorosa ha terminado, abre su cartera y extrae un puñado rácano de euros de la caja de los truenos. Es un sueño amargo que resuena tenaz en su conciencia dormida y que inexorablemente se cumple cuando el timbre de una de esas llamadas imprevistas despierta a Pandora.

ACTA DEL FALLO DEL XXVI CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS"

CATEGORÍA "A"

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día veintiséis de junio de 2018, se reúne el Jurado calificador del XXVI Certamen Provincial Escolar de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, CaixaBank, Benfer, Funeraria San Pedro, PoliClinica Grado, Restaurante La Parra y Librería Santa Ana, formado por los miembros del jurado:

Dña. María Arango
Dña. Noelia Álvarez
Dña. Virginia Muñoz

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXVI Certamen Provincial Escolar "Valentín Andrés" en su Categoría "A" (Ed. Primaria)

Bajo la Presidencia de Dña. María Arango, y actuando como Secretaria Dña.Noelia Álvarez, la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"El Olvidado"** presentado bajo el seudónimo ***Magisco*** y que corresponde a **Enol Menéndez Pevida** alumno del **CP Gloria Rodríguez de Soto del Barco.**

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Un ser diferente"** presentado bajo el seudónimo ***Ariana Warner*** y que corresponde a **Candela Pérez García** alumna del **CP Vírgen del Fresno de Grau.**

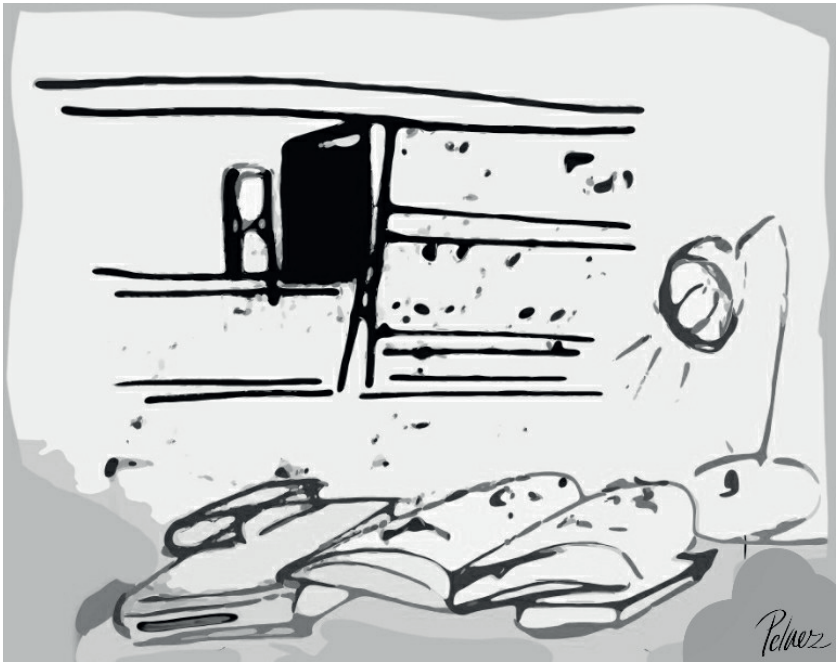
3º.- Se acuerda conceder el TERCER PREMIO, galardonado con un lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Una historia de gatos"** presentado bajo el seudónimo ***Francisco*** y que corresponde a **Ricardo Lencero Fernández** alumno del **CP Vírgen del Fresno de Grau.**

4º.- Se acuerda conceder PREMIO LOCAL, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La vida de un gorrión en Grado"** presentado bajo el seudónimo ***La Liga 1,2,3*** y que corresponde a **Illán López Álvarez** alumno del **CP Vírgen del Fresno de Grau.**

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día veintiséis de junio de 2018. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio | **Enol Menéndez Pevida**
Categoría Escolar A | Soto del Barco

El olvidado



Enol Menéndez Pevida

Soto del Barco 2006
(Seudónimo: Magisco)

Fecha de nacimiento: 04/07/2006

Vivo en Soto del Barco, calle Carretera de Avilés, número 5, 1º E.

Acabo de finalizar mis estudios de Primaria y este año empiezo al Instituto.

Mis aficiones son la música y el deporte, sobre todo, el fútbol.

Esta es la segunda vez que me presento al concurso de cuentos. El año pasado quedé segundo y este año he ganado.

El olvidado

- Hoy, por fin, sí.

Los estaba escuchando muy cerca y debían ser muchos porque oía muchas voces. Los escuché acercarse. Estaban a mi lado, pero, poco a poco, se fueron alejando. Los vi pasar de largo y dejé de oírlos.

- Hoy tampoco.

Llevaba mucho tiempo, no sé si días, semanas o meses, pero mucho tiempo. Mucho tiempo que no veía la luz del día, que no sentía el aire, que no tenía frio ni calor. Y lo peor es que hacía mucho tiempo que no tenía aventuras, que no descubría nada y que no rescataba a nadie.

Al principio, no me importaba. Pensaba: "Bueno, será mañana". Al día siguiente, lo volvía a pensar, y al otro día y al otro... Hasta que me di cuenta que ese día no llegaba nunca.

A veces, los veía a mi lado y escuchaba sus voces perfectamente.

- Éste tiene buena pinta – decían.

- Éste parece interesante -escuchaba otras veces.

O los veía cómo miraban y se interesaban por otros.

Entonces, me ponía a dar voces y a gritar lo más alto que podía. Y una de dos: o yo era mudo o todos estaban sordos.

Otras veces, me ponía a dar botes y a saltar lo más alto que podía. Y una de dos: o yo no me podía mover o todos eran ciegos.

A mi lado, todos iban cambiando. Unos venían, otros se iban. Los que venían cada vez eran más bonitos. Los había muy grandes, otros con muchos colores, con luces, con sonidos y algunos hasta podían hablar.

Y yo cada vez me sentía más solo.

Desde donde estaba, casi no podía ver ni escuchar a la gente. Ya no sabía si alguien me miraba o se interesaba por mí.

Intentaba hablar con los nuevos.

- Hola, ¿qué tal? – les decía.

Nada. Ninguno me contestaba.

- ¿Lleváis mucho aquí? ¿Sois nuevos?

Nada.

Lo único que escuchaba era silencio. Estoy muerto, pensé. Ya nadie me mira, nadie me toca, nadie me habla, ya nadie me quiere.

Recordaba otros tiempos. Cuando navegaba en grandes barcos para conquistar otros países. Cuando subía a grandes montañas para rescatar algún niño perdido. Cuando entraba en enormes bosques para descubrir tesoros enterrados. O cuando buceaba en oscuros mares para encontrar barcos hundidos. Pero cada vez me costaba más trabajo recordar todo aquello.

Era lunes por la mañana cuando escuché las palabras que tanto temía.

- ¿Qué hacemos con estos tan viejos? – dijo una voz de repente.

En ese momento, sentí mucho miedo.

- Mételos en una caja -contestó otra voz más alejada.

- ¿Y qué hago con la caja?

- Bajarla al almacén.

Sabía que era mi fin, pues, con el tiempo, había visto que los que bajaban al almacén no volvía a verlos ni a saber de ellos.

- Éste no está tan mal y no ocupa mucho – dijo una voz que estaba a mi lado.

- Pues ponlo donde te quepa – contestó otra voz.

El tiempo siguió pasando y desde donde estaba ahora podía escuchar y ver mejor a la gente. Por eso supe que las vacaciones se estaban acercando y, si no conseguía salir, me pasaría el verano ahí encerrado.

Contaba los días hacia atrás: 10, 9, 8 ,7, ...

Cuando llegara a cero lo más seguro es que acabara en el almacén.

Seguí la cuenta: 6, 5, 4, 3, 2, 1.

El último día.

Había mucha gente, pues esos días eran cuando más se llevaban para tener para las vacaciones. Veía como muchos a mi lado iban desapareciendo.

De repente, una mano me cogió.

- Mira éste, David – dijo una mujer.

- Tiene unos dibujos muy bonitos.

Ahora, estaba en las manos de un niño.

- Sí, mami, son muy guapos y parecen de aventuras.

· Entonces, ¿lo llevamos? – preguntó la madre.

Y escuché las palabras que tanto deseaba.

· Sí, nos lo llevamos.

Hoy, por fin, sí. Hoy abandonaba la biblioteca. Volvería a estar vivo y, mientras un niño me leía, volvería a vivir mil aventuras: navegar en barco, subir montañas, descubrir tesoros, rescatar princesas, ...

Y entre mis páginas, él y yo seríamos felices.

2.º Premio | **Candela Pérez García**
Categoría Escolar A | Grado

Un ser diferente

Candela Pérez García

31 de Diciembre 2006, Grado
(Seudónimo: Ariana Warner)

Durante el curso 2017-2018 he estudiado Sexto de Educación Primaria en el C.P. Virgen del Fresno, de Grado; resido a 1 Km de aquí, en un pueblo llamado La Mata.

También realizo estudios de piano, con un profesor que me enseña bien y muy cariñoso (Tino); igualmente, realizo estudios de informática, concretamente Word y PowerPoint, unos programas que nos ayudan a desarrollar nuestro trabajo escolar de forma más sencilla y que complemento con mecanografía.

Me considero una persona alegre, trabajadora e imaginativa, me gusta ir con una sonrisa por la vida. Me lo paso bien con mis amigos a los que quiero mucho y, cuando puedo, me gusta ayudar a mis compañeros.

Entre mis aficiones está pasear y hacer rutas con mis padres, leer, salir con mis amigos, tocar el piano y jugar con mi perro Lucky, (no se vaya a enfadar).

He conseguido el Segundo Premio del XXVI Certamen Provincial Escolar de Cuentos Valentín Andrés, en Categoría A, con mi cuento titulado “Un Ser Diferente”.

Un ser diferente

¡Buenos días! ¡Que temprano es! Voy aprovechar la tranquilidad de la mañana y la luz que entra por mi ventana para contaros una historia verdaderamente increíble que me sucedió hace unos meses. Empezaré por deciros mi nombre, me llamo Xana, mi padre me lo puso en referencia a algún personaje mitológico de nuestra cultura; también os diré que vivimos en Grado, una villa en Asturias, y es aquí donde se desarrolla todo lo sucedido, más bien todo lo que me pasó.

Todos los días suelo sacar a Lucky a pasear, es un perro muy bonito, tricolor. Un Beagle muy cariñoso y juguetón de ocho meses; pues bien, Lucky hizo lo que hace todas las mañanas: se adelantó para olfatear y jugar en el paseo del rio, pero a diferencia de otras veces, se quedó fijo, sin moverse, ladrando y moviendo la cola, mirando una de esas piedras entre azul y gris mojadas a la orilla del río. No podía verlo bien, en principio pensé que sería algún pequeño ratón o quizás alguna trucha, qué sé yo; lo cierto es que era una situación diferente y decidí ir corriendo para saber lo que pasaba, estaba súper intrigada, quería saber lo que sucedía. La sorpresa fue enorme, no podía creer lo que estaba viendo, quería tener el móvil para fotografiarlo, pero mis padres solo me lo dejan en fin de semana y ese día era lunes: ante mí se encontraba el más hermoso pato o cisne de alas color ámbar, fuego y amarillas, con el más precioso plumaje que os podáis imaginar; cambiaba de color constantemente y se encontraba solo ante nosotros. Nos quedamos sin palabras y ladridos mirando aquel animal completamente diferente a cualquier otro. Casi sin darnos cuenta, levantó el vuelo y desapareció entre las nubes.

Lo primero que pensé fue en contárselo a mis padres, pero quién iba a creerme, aunque no suelo mentir y menos cuando me pongo seria; era una historia

demasiado fantástica para ser real, pero fue entonces, en ese preciso instante, cuando vi el hermoso regalo que aquella extraordinaria ave o lo que fuese nos había dejado: una de sus plumas flotaba entre el agua estancada y las piedras. Entonces, me apresuré para cogerla antes de que se hundiese o se la llevase la corriente y lo conseguí; luego, nos volvimos a casa corriendo para contárselo a mi padre, pero no pude hacerlo porque el tiempo había pasado muy deprisa y mi hermano y yo teníamos que ir al colegio.

"La guardaré en mi caja de madera"- pensé. Y así lo hice. Minutos después nos subimos al coche y nos fuimos al cole, es un trayecto corto. *"Ya se lo contaré a mis padres más tarde".*

Por fin suena la sirena, son las 14:30. Mi padre nos recoge y vuelta a casa, hago los deberes sin dejar de pensar en lo sucedido y sin dejar de pensar en la pluma. *"A ver cómo se lo digo a mis padres".* Después de terminar los deberes, merendamos y luego toco un poco el piano, mis padres me dicen que tengo que dedicarle como mínimo una hora diaria. Por fin, termino mis tareas.

Ya empieza a oscurecer y me dirijo a la habitación para ver mi pluma, mi tesoro: abro la caja lentamente y otra vez me quedo asombrada, la pluma tiene luz propia, podía iluminar suavemente toda la habitación, no era una luz intensa, pero parecía natural.

Al primero que se la enseño es a mi hermano de cinco años, él sí me cree, que sorprendido exclama: "*¡¡¡Vayaaaaa!!!";* mi hermano no dudó ni juzgó mi historia, que por otro lado era cierta.

Animada, decidí contársela a mis padres. Lo hice muy seria, pero vi cómo, a medida que se lo iba relatando, se iban sorprendiendo, se miraban y no decían nada; entonces interrumpí su silencio y asombro para contarles que tenía una prueba de lo que les estaba

diciendo; subieron lentamente las escaleras tras de mí hasta la habitación y fue entonces cuando les enseñé la pluma; seguían sin decir nada, aunque mi madre la cogió entre sus dedos y no dejaba de darle vueltas, tal vez intentando desvelar o resolver el truco por el cual aquella pluma estupenda se iluminaba.

"¿Pero qué artefacto podría producir aquella luz?, pensé; que yo supiese, ninguno".

Pasaron los días, que más tarde se convirtieron en semanas; yo no cesaba en mi empeño y día tras día iba al mismo sitio donde lo había visto.

La luz de su pluma se debilitaba a medida que pasaba el tiempo y mis padres dejaron de darle importancia. Parecía que todo iba desapareciendo, pero pasado un tiempo, un buen día por la mañana, la pluma comenzó a recuperar todo su esplendor. Igual que entonces, nuevamente era lunes; sin dudarlo, salimos corriendo al mismo sitio donde la habíamos visto por primera vez y fue entonces cuando, como si de un milagro se tratase, volvimos a verlo. ¡Qué extraño!, en ninguna de las dos ocasiones había gente, aunque aquello no era algo que nos preocupase; nos acercamos a él con un poco de miedo, esta vez Lucky por detrás de mí, y me decidí a hablarle. Le dije muy nerviosa: *"Eres precioso o preciosa, jamás había visto un ave como tú",* a lo que él respondió: *"Y tú también, Xana, por eso estoy aquí, por lo preciosa que eres, pero sobre todo por lo preciosa que eres por dentro".* No me lo podía creer, podía hablar, como en el más dulce de mis sueños, pero esto era real, estaba sucediendo. Siguió hablando para decirme: *"Estoy aquí para cumplir un deseo, podrás pedirme lo que quieras siempre y cuando lo hagas desde tu corazón, deberás pedirlo para ti, no para el resto de la humanidad y no podrás contárselo a nadie o la magia desaparecerá".* Yo lo tenía claro, siempre había deseado ser profesora, no me imaginaba lo que se sentiría enseñando y educando a los demás, para mí esto era como un sueño que podía hacer realidad sin esperar a

que pasase el tiempo y, con la ilusión, de una niña, así se lo dije. Como por arte de magia, me vi dando clase a mis compañeros en mi antiguo colegio, con Rosa, Carmen, Lourdes, etc. Ahora eran ellas mis compañeras y vosotros mis alumnos, por fin podía entender algunas de las cosas que me habían pasado y a las que no les encontraba sentido; fue maravilloso, pero tengo que deciros que fallé en una de las condiciones que aquel ave maravillosa me había impuesto: que no debería contárselo a nadie o la magia desaparecería.

Así que ahora, que os desvelé mi secreto por medio de este cuento, lo que empecé escribiendo como adulta lo finalizo como niña.

Sé que os parecerá una historia difícil de creer, pero este es mi cuento y mi cuento es mi verdad.

3.er Premio | **Ricardo Lencero Fernández**
Categoría Escolar A | Grado

Una historia de gatos

Ricardo Lencero Fernández

28 de diciembre de 2007, Grado
(Seudónimo: Francisco)

Es el segundo de dos hermanos.

Cursa estudios en el Colegio Público Virgen del Fresno (Grado). En el curso 2018/19 comienza 6º de Primaria.

Sus aficiones son en el deporte, el fútbol y el tenis; jugar al ajedrez también le entretiene. Le gusta leer e inventarse historias y, por supuesto, jugar en el ordenador y la PS4.

De mayor no tiene claro lo que le gustaría ser, lo mismo habla de ser maestro que de ser policía.

Una historia de gatos

Érase una vez un gato callejero que sin saberlo iba a cambiar la historia gatuna convirtiéndose en todo un maestro de vivir como un rey.

Era 2 de Octubre, un día lluvioso, cuando a la salida del colegio, de camino a casa, Nicolás vio a un bebé gato solo en la mitad de la acera. Nicolás no dudó en acercarse y vio a un pequeño peludo llorando, mojado y tiritando de frío, así que decidió cogerlo en brazos y llevarlo a casa. A escondidas de sus padres, llevó el gatito a su habitación, lo enrolló en una mantita y lo puso dentro de una caja de cartón .

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina donde lo esperaban sus padres para comer.

Nicolás estaba muy nervioso y preocupado a la vez, pues a su padre no le gustaban los gatos y él solo no sabía cómo cuidarlo. De repente, mientras estaban comiendo, se oyeron unos pequeños “miau, miau” que venían de la parte alta de la casa.

Sus padres subieron las escaleras y fue entonces cuando descubrieron que una bolita de pelo caminaba hacia ellos.

- ¡No!- exclamó Nicolás.

- Lo había dejado escondido en una caja de cartón para que papá no lo viese- dijo en voz alta.

- Nicolás, ¿qué hace este gato en casa? - dijo su padre David.

- Sé que tengo prohibido traer animales a casa, pero, papá, estaba solo, llorando y temblando de frío

en mitad de la acera; tan solo quería ayudarlo, secarlo y darle de comer. Es sólo es un bebé y no podía marcharme y dejarlo allí solo- le contesto a su padre.

- Está bien, Nicolás, lo cuidaremos, pero cuando sea un poco más grande le buscaremos una nueva casa.

Pasaron los días, los meses y aquella pequeña bola de pelo cada vez se hacía más grande y, poco a poco, fue conquistando de tal manera el corazón de los padres de Nicolás que, cuando quisieron darse cuenta, ya tenían a Lucas como uno más de la familia.

Lucas era un gato grande, con rayas grises y negras, con unos bigotes largos y unos grandes ojos. Se convirtió en todo un experto en cómo amaestrar a los humanos sin que se diesen cuenta.

De esta manera, cada vez que Lucas salía al patio de casa y se encontraba al gato del vecino, le daba clases de cómo ser un buen gato y hacer que los humanos se convirtiesen en sus esclavos, como él decía.

Cada vez eran más los gatos interesados en las charlas de Lucas y éste les contaba trucos, por ejemplo respecto a la hora de la comida.

- Chicos, el humano os pondrá un cuenco con comida; quizás tendréis acceso a él durante todo el día, pero ¿quién quiere comer lo mismo a todas horas? Cuando el humano esté comiendo, tenéis que poneros debajo y miagar como si estuvieseis sin haber comido durante días. Incluso podéis subirles las patitas a la silla como pidiendo desesperadamente comida. Es ahí cuando el humano os dará algo de comer, como una latita.

Otro truco es hacer lo mismo cada vez que abran la nevera, entonces os darán eso que llaman pavo y que está delicioso. Y, ojo: si sentís la puerta de casa,

id corriendo a recibirlo con el rabo estirado y miagando sin parar. Con la confusión de los cabezazos para que os toque y los maullidos quizás te vuelva a dar lata o pavo sin saber que ya lo has comido. ¡Así comeréis dos veces!

Lucas cada vez era más famoso en el mundo de gatos, pues todos sus vecinos peludos siguen a rajatabla sus recomendaciones que cuanto menos eran exitosas.

Otro consejo que les debe era a la hora de ir de viaje.

- Cuando veáis que los humanos empiezan a sacar muchas bolsas y a sacar mucha ropa del armario estad bien atentos, quizás estén de limpieza o peor, quizás se acerque un viaje! El truco está en prestar atención: si comienzan a cerrar las puertas de la casa y a acorralarte o si ves una especie de cinta con tela que ellos llaman arnés, entonces ya es tarde y hay que hacerse el desmayado. Si no funciona y termináis en una caja de esas que le dicen transportín, no os dobleguéis, rascad las uñas contra los barrotes, sacad las patas e intentad arañar lo que podáis a la vez que debéis de miagar con todas vuestras fuerzas. Quizás os saquen y os pongan un cinturón, así viajaréis más cómodamente; y, si no lo que hacen, al menos que sepan que vosotros mandáis y que no estáis de acuerdo en viajar así.

Cuando lleguéis al destino poned cara de pena y cambiad vuestro “miaaaaau” de tigre en un delicado “miau”: es muy probable que os den unas galletitas como compensación.

De este modo, Lucas pasó a formar parte de los ídolos gatunos.

A la llegada del invierno, les aconsejaba que no se conformarán con una simple camita o cuna, que

si no les gustaba tendrían que hacérselo saber a los humanos tumbándose en sus camas, enrollándose en sus jerseys o sentándose en su parte del sillón cuando se levantaran, que estaba calentita; en todas partes menos en su cunita, así irán probando hasta que os pongan una de lana o una mantita suave y entonces les daréis un lametazo en la mano y un cabezazo de agradecimiento.

-Así se amaestra a los humanos - dice.

Según van pasando los años, cada vez hay más familias que adoptan un gato y cada vez hay más gatos que, gracias a Lucas, logran ser los amos de los humanos sin que se den cuenta.

Tanto es el amor que ahora David, el padre de Nicolás, siente por su gato que han decidido adoptar a otro.

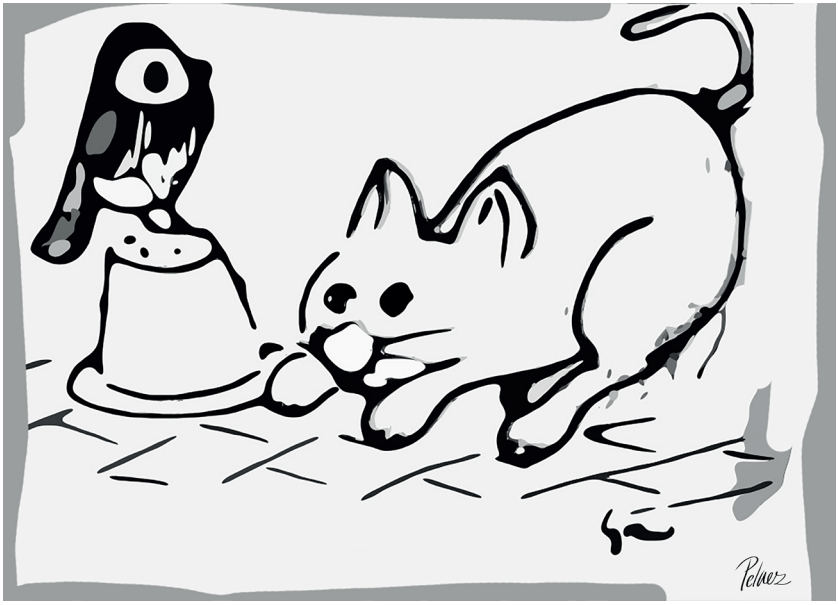
Lucas, sin saberlo, aparte de esclavizar humanos, como dice, ha hecho a los humanos más felices.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Premio Local
Categoría Escolar A

Illán López Álvarez
Grado

La vida de un gorrión en Grado



Illán López Álvarez

27 de febrero de 2006, Grado
(Seudónimo: La Liga 1, 2, 3)

Hermanos: Isaac López Álvarez y Unai López Álvarez

Padres: Juan López Tirado y Marisol Álvarez Lozano

Perra: Niebla

Domicilio: C/ Constitución nº 15, 2º-D

Aficiones: Me encanta jugar al fútbol, salir a jugar con mis amigos y pasar tiempo con mi familia. Me gusta salir de excursión para aprender cosas, sobre todo de los animales, y no dudo en preguntar sobre cualquier duda que me surja.

Sobre el cuento: Los gorriones me parecen muy graciosos y en la zona donde vive mi profesora de particular viven muchos en los tejados, así que, a base de freír a preguntas a mi profe sobre los gorriones y con ayuda de mi imaginación, conseguí escribir este relato "La vida de un gorrión en Grado".

La vida de un gorrión en Grado

- Hola, me llamo Paiper y, aunque no os lo creáis, soy un gorrión. Aunque penséis que es aburrido, un gorrión tiene una vida muy ajetreada y llena de aventuras. ¿No os lo creéis? Pues os contaré la historia de mi vida.

Nací en un nido debajo de una teja junto con mis cuatro hermanos en el barrio del Casal. Vivíamos muy cómodamente con más vecinos gorriones y con una vecina rata. Mis hermanos y yo pronto aprendimos a no acercarnos mucho al borde del nido, desde que uno se cayó y no lo volvimos a ver. Con todo el alimento que nos traía papá y mamá pronto nos empezaron a salir las plumas y nos empezó a entrar la curiosidad de seguirles, así que mis hermanos y yo decidimos intentar volar al día siguiente.

El día de mi fracaso aéreo era soleado. Papá y mamá habían salido del nido en busca de alimento, cuando mis hermanos y yo echamos a volar. ¿Creéis que íbamos a saber? ¡Pues no! Conseguimos planear un poco y mover las alas, pero terminamos en la acera del barrio. Cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos un bicho de cuatro patas, enorme, y con la cola en alto. (Más tarde, aprendí que se llamaba “Gato”).

Empezamos a revolotear como locos para buscar una salida muertos de miedo al verle correr hacia nosotros. Yo conseguí esconderme en un arbusto, otro de mis hermanos se escondió en el tronco de un árbol, y otro de mis hermanos se escondió en una alcantarilla. El último de mis hermanos no tuvo tanta suerte y el gato fue más rápido que él...

Con el susto estuvimos esperando por papá y mamá escondidos toda la mañana. Nuestra estúpida

decisión tuvo como consecuencia que no pudiésemos volver al nido.

Los siguientes días nos lo pasamos siguiendo a papá y a mamá como podíamos, hasta que un día conseguimos volar.

Yo me posé en el descansillo de una ventana y me vi reflejado como en un espejo. Yo era un gorrión con la cara y el pecho negro, pero sin embargo mis hermanos no tenían esas manchas. Con el tiempo me enteré que yo soy un macho y mis hermanos eran hermanas. Cuando nos hicimos muy mayores dejamos a papá y a mamá y nos separamos

Un día que estaba destrozando flores amarillas (porque les tengo mucha rabia) vi a la gorriona más bonita de todo el barrio. Entonces, salí volando como un cohete y empecé a chillarle para que ella se enamorase de mí. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que otros gorriones se la querían ligar también. Entonces seguí gritando como un poseso para que se fijara en mí. ¿Sabéis cuál fue el resultado?: Ella nos pegó a todos por pesados...

Con el tiempo y a base de ser insistente conseguí que ella se enamorase de mí.

Los dos enamorados comenzamos la construcción de nuestro nido, para nuestros futuros huevos.

Decidí que yo sería el papá que enseñase a esos pequeños gorriones a no acercarse al borde del nido, a no volar a escondidas y a evitar a los gatos.

¡Al final conseguí ser un señor gorrión!

FIN.

ACTA DEL FALLO DEL XXVI CERTAMEN PROVINCIAL ESCOLAR DE CUENTOS "VALENTÍN ANDRÉS"

CATEGORÍA "B"

En Grado/Grau, siendo las diecinueve horas del día veintiséis de junio de 2018, se reúne el Jurado calificador del XXVI Certamen Provincial Escolar de cuentos "Valentín Andrés", convocado por las Asociación Cultural "Valentín Andrés", con el patrocinio del Ilmo. Ayuntamiento de Grado, Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, CaixaBank, Benfer, Funeraria San Pedro, PoliClinica Grado, Restaurante La Parra y Librería Santa Ana, formado por los miembros del jurado:

Dª. Paraíso Álvarez
D. Miguel Zapatero
D. Miguel Rodríguez

para tratar el siguiente ORDEN DEL DÍA:

Emitir veredicto sobre la clasificación de los cuentos presentados al XXV Certamen Provincial Escolar "Valentín Andrés" en su Categoría "B" (Ed. Secundaria y Bachiller)

Bajo la Presidencia de D. Miguel Zapatero Alonso, y actuando como Secretario Miguel Rodríguez D., la sesión se desarrolló como sigue:

1º.- Se acuerda conceder el PRIMER PREMIO, galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Nocturno Op. Nº2"** presentado bajo el seudónimo ***Aressia*** y que corresponde a **Laura del Campo López** alumna del **IES César Rodríguez de Grau.**

2º.- Se acuerda conceder el SEGUNDO PREMIO, galardonado con Lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"La primera noche"** presentado bajo el seudónimo ***Bloom*** y que corresponde a **Elisa Palacios Moreta** alumna del **IES Avelina Cerra de Ribadesella.**

3º.- Se acuerda conceder el TERCER PREMIO, galardonado con un lote de libros, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Yakiv y el espejo mágico"** presentado bajo el seudónimo ***Lollypop Dance*** y que corresponde a **Lucía Fernández Rodríguez** alumna del **IES El Batán de Ujo (Mieres).**

4º.- Se acuerda conceder PREMIO LOCAL , galardonado con un eBook, diploma y publicación del cuento, al relato titulado: **"Grado, amor y mercado"** presentado bajo el seudónimo ***Pandereta*** y que corresponde a **Raquel Álvarez Arias** alumna del **IES César Rodríguez de Grau.**

Y no habiendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión a las 20:00 horas del día veintiséis de junio de 2018. Y para que conste, firma la presente acta.

1.er Premio | **Laura del Campo López**
Categoría Escolar B | Grado

Nocturno Op.9 Nº.2

Laura del Campo López

2002, Grado
(Seudónimo: Aressia)

Laura del Campo López nació en 2002. Vive en Grado y estudia en el IES César Rodríguez.

Escuchar música, tocar el piano, leer novela y poesía, escribir y las ciencias son algunos de sus principales intereses.

Desde pequeña, la lectura ha sido una de sus mayores aficiones; y es esa pasión, esa magia (pero en sentido inverso) la que siente al narrar una historia que quiere contar. Gracias a ello, ha obtenido los siguientes reconocimientos:

- Accésit en el XVII Concurso Literario de Redacción "Fundación Marino Gutiérrez Suárez".
- Ganadora en su categoría del concurso literario "La emigración a través del tiempo", organizado por el IES César Rodríguez.
- Ganadora del concurso "Valentine's Day 2018 Love Letter Writing Contest" del IES César Rodríguez.

Precisamente la idea del escritor como creador es el objeto del siguiente relato.

Su título responde a una pieza de piano de Chopin, que ambienta el entorno nocturno en que se sitúa la historia y rinde homenaje al virtuoso pianista romántico.

Nocturno Op.9 Nº.2

Contemplaba la luna, hechizada.
Algún bamboleante farolillo del campamento titilaba,
a través de los árboles;
se equiparaba ocasionalmente a su brillo.
Pero sus ojos volvían
ineludiblemente a la fulgurante esfera,
con dejes grisáceos, presidiendo
la noche borrascosa.

La noche me absorbe y mis pupilas absorben la noche. Hay un halo de leve pesadez en lo nocturno, y esta noche se acentúa hasta el infinito.

Todo me envuelve; desde la profundidad de las raíces de los árboles hasta las ígneas luces de nuestro campamento, cercano. Me siento cautivada, absorta. La vegetación que abraza las ruinas de esta iglesia también me abraza a mí.

Las ranas auguraron tormenta. El ambiente está tan sumamente cargado, eléctrico, que apuesto que contiene todos los truenos del mundo.

Los contiene sobre mí, sobre estas ruinas, sobre esta espesura. El cielo aguanta.

No sé por cuánto tiempo.

<<Es el momento idóneo para escribir>>.

Como escritora, capturo el presente en caracteres, garabatos. “Microrrelato” la vida. Puedo intuir el aleteo del petirrojo, verdadero desencadenador de la tormenta.

<<Voy a escribir con palabras, pero sin papel>>.

El mundo ya le ha dado la espalda a la luz. Incluso, aunque la hubiera, “escribiría” sin escribir.

Escribir no requiere de papel. Me atrevería a decir que, a veces, ni de palabras. Sólo necesita de dos elementos: tú y el recipiente. Tu propia voz y algo que la contenga, que la atestigüe.

Me limitaré a sentir, a fusionarme con esta noche, esta incógnita atmosférica. Y una nueva historia surgirá. Dejemos que la noche sea el recipiente, el papel. La historia tejida en mi interior está lista para ser iluminada por la luna.

Dejo atrás las ruinas de la iglesia, magnífica y sola. Sorteo rápido charcos y ramas, apresurándome, porque esta vez la historia ha tomado tiempo. Mis narraciones comienzan al anochecer, pero el influjo de la luna y la mágica quietud de cuanto me rodeaba me capturó largo rato. Aquellos farolillos que antes centelleaban puntualmente cobran mayor brillo cuanto más me acerco al campamento. No fui consciente de haberme alejado tanto...

Alcanzo el claro. Nuestras viviendas, tiendas de tela, reposan al pie de los árboles. De ellos penden candiles, creando una claridad anaranjada muy agradable.

Mi pequeña audiencia aguarda, congregada en el centro. Me conmuevo, y se me escapa una sonrisa. Siempre están dispuestos a escucharme. Jamás se sacia su afán de escuchar mis historias. Ellos también son artistas, de muchas maneras: está Alem, el herrero que crea flores, complejísimas celosías de cualquier frío metal; la tejedora Dianne, que hila en el mismo telar la intuición con la realidad para crear los tapices que nos guían en nuestro viaje; o Rye, que transforma el más simple manojo de hierbas en una

humeante delicia. Ellos y muchos más llenan con su suave diálogo el centro del claro.

Nos gusta definirnos como un aglomerado de artistas itinerantes, errantes eternos. Sabemos que buscamos, pero no qué exactamente.

Buscamos un lugar en que quedarnos, un sitio al que podamos llamar "casa". La llevamos a cuestas, y eso está bien, pero... después de tanto tiempo, a veces, es agotador. A veces, la vacilación o la duda toman el poder y sentimos cómo todas las tormentas que el cielo resiste amenazan nuestros carromatos y tiendas.

Esos días, el temor de no estar seguros de nada lo anega todo, y los tapices de Dianne se vuelven incomprensibles, el metal de Alem deja de ser moldeable y las cuerdas se desafinan e incluso rompen.

Hoy es uno de esos días. Uno de esos en que yo puedo ayudar. En estos momentos, las historias son lo único que nos queda.

Y llegan mis palabras.

Llega un verso, tal vez incluso una estrofa. Llegan palabras como chispas, chispas de calidez, que avivan un fuego de oraciones de esperanza. Palabras que se yerguen como castillos, posadas, lugares seguros que de sopetón nos rodean y en los que podemos refugiarnos.

En noches como esta, cuando mi voz se eleva clara y resonante como el sonido del bosque mismo, puedo jurar que vemos nuestra casa. Se crean a nuestro alrededor ambientes de narraciones conocidas, justas de caballeros, abrazos entre amigos. Mi voz transforma esa agua de tormenta en poderosas olas de mares lejanos. La masilla son las sílabas, y mediante la arquitectura de las historias, edifico lugares y situaciones en las que encontramos nuestra verdadera casa. Porque también nos gusta que nos llamen moradores del verso.

Cuando mi narración está llegando a su fin, puedo ver sus miradas animosas, casi tan risueñas como siempre. Mi corazón palpita con alegría. Mis historias son tan importantes como el alimento de Rye: sustentan nuestra fe.

Amo escribir. Lo comparto y sirvo de guía para los demás, e incluso para mí misma.

Sé que no podemos vivir de historias. Son increíbles, pero necesitamos algo más real, un lugar físico en el que vivir. Sin embargo, si algo he aprendido de miles de ellas, de tantas coplas y poesías, es que vivir no es buscar un destino. No es nuestro verdadero objetivo encontrar un pueblo, una ciudad para nosotros. Nuestro único propósito es disfrutar del viaje. De esos momentos mágicos alrededor de una hoguera. De la emoción de descubrir un bonito enclave al borde de un lago, en el que permanecer un tiempo. Del entusiasmo por un cuento.

Jamás llegaremos exactamente a donde queremos, porque somos humanos (y además artistas) y nunca estaremos completamente satisfechos. Pero es eso lo que nos hace querer mejorar, salir de donde estamos.

Mientras sigamos buscando nuestro hogar, continuaré escribiendo. Siempre nos quedan las palabras. **Son el valiente relato de lo que podemos llegar a ser.** Tratan, al fin y al cabo, de buscar un significado a la vida.

Seguiré contando historias.

Mientras viva, siempre las habrá.

Porque contienen en caracteres, garabatos, la vida.

2.º Premio
Categoría Escolar B

Elisa Palacios Moreta
Ribadesella

La primera noche

Elisa Palacios Moreta

2002. Ribadesella
(Seudónimo: Bloom)

Elisa Palacios Moreta nació en 2002. Vive en Ribadesella. Ha terminado 4º ESO en el curso 2017-2018. Sus aficiones son escribir, dibujar y actuar con su grupo de teatro.

Desde el año pasado, en el que obtuvo el tercer premio en el XXV "Concurso de Cuentos Valentín Andrés", ha conseguido, entre otros:

· El 1º premio en el "Concurso de Redacción de La Fundación Marino Gutiérrez Suárez". La Felguera. 2018.

· El 1º premio en el XXV "Concurso Infantil de Cuentos, Poesía e Ilustración Casa de Cultura Valle de San Jorge". (Modalidad poesía). Nueva de LLANES. 2018.

Algunos de sus poemas han sido seleccionados para formar parte de las antologías VERS.O.S IV y Ellas; ha publicado además algunas obras en la revista "La Plaza Nueva".

"Mi escritura pretende defender valores universales desde una mirada pesimista. Intento que mis lectores tomen conciencia de algunas injusticias sociales o de la propia crudeza de la vida a través de situaciones cotidianas."

La primera noche

Hoy he visto a Sabrina dormir.

Parecía pequeña y encogida.

He temido por la fragilidad de sus susurros, por el débil estado de sus sueños. Era una pequeña oruga escondida en su mantita de pliegues blancos como la nieve. Tenía las mejillas encendidas en ardor continuo, y los labios pintados de un sonrojo oscuro. Sabrina murmuraba dormida alguna canción de cuna estancada en sus dientes de marfil.

Brillante y repulsiva ironía, he salido al patio a fumarme un cigarrillo. He encendido el mechero tan deprisa que mi piel ha ardido suavemente, en un arrullo doloroso pero agradable. La ampolla que mañana tendré en el pulgar enrojecido me recuerda que he podido sentir algo hoy, por doloroso que sea.

Desde que Sabrina murmura dormida, no siento nada más que a ella. Sólo la siento a ella. La veo en todas partes, incluso cuando sé que está dormida, siento su presencia sabia e insegura. En mi delirio, Sabrina me pide que la cante una canción de cuna, o que la toque, o que juegue con ella a las muñecas. Cierro los ojos un instante y me sumerjo en su oscuro pensamiento. Mi pequeña muñeca enferma...

Silencio en el patio trasero, hoy, ahora. Lejos de mi deseo de profunda penitencia, los grillos tratan de animarme con su canto.

Pero yo solo pienso en Sabrina, y apuro con fuerza el cigarrillo.

Mi mente viaja a otro lugar, a otro tiempo que parece ser mejor. Entre mis divagaciones, me encuentro

con una Sabrina dulce y rubia, que corre por la playa envuelta en una toalla de rayas y puntos y yo qué sé más. Me recuerda a la Sabrina que hay dentro, oscura y melancólica, cubierta por sábanas que quieren hacer de toallas multicolores y recuperar lo que fue.

· ¡Sara! – Dice. Grita. Los labios de Sabrina, parecen irrompibles. Y ella está limpia y morena, pero llena de luz. · ¡Sara! ¡Sara ven! Mira, hay un cangrejo ermitaño...

Yo recuerdo que corro y la sigo. Hace años de eso. Hace años que no la sigo, ni corro detrás de ella. Veo a mi madre sentada sobre una toalla oscura, mirándonos con los ojos muy abiertos.

Mientras piensa en mí y en Sabrina, y apura con fuerza el cigarrillo.

Todavía en mi mente, Sabrina extiende las manos hacia mí. Lleva un bañador blanco y las gafas de sol redondas sujetándole el pelo. Me enseña el cangrejo sobre sus manos desnudas, pero yo sólo veo la concha.

Cierro los ojos. Abro los ojos.

Cierro. Abro.

Cierro, abro, cierro, abro, cierro, abro, cierro, abro...

Y estoy de vuelta en el porche, aspirando un ahogante cigarrillo. Me molesta, así que escupo el humo y tiro la colilla pisada bajo el banco de madera.

Sabrina.

Sabrina es un pequeño cangrejo ermitaño.

La segunda noche.

Vuelvo a estar aquí. Con la grabadora en mano y tres cigarros sobre el banco de madera. Y un millón de colillas bajo mis pies.

La luz que ilumina mi cara la emite una bombilla vieja y cristalina, que parece hecha de plástico fino. A veces temo que la bombilla se rompa o se derrita y nos quedemos sin saber dónde está la puerta de casa.

Siento que he perdido toda esperanza de que Sabrina se alce de nuevo, brillante, morena y en bikini, como en mis recuerdos de la playa.

Silencio.

Sabrina es un cangrejo ermitaño y es esa bombilla. Se encierra en sí misma porque siente demasiado y teme explotar.

Yo siento demasiado poco.

La tercera noche.

- ¿Has hablado con mamá?- Pregunta el murmullo suave de Sabrina. Sus palabras parecen espuma de mar.

- Sí. – Responde mi voz de neblina. Huelo a tabaco y tengo el pelo sucio.

- ¿Va a venir a visitarnos? – Parece tan frágil que temo tocarla para no estropearla. Pienso qué voy a decirle.

- No creo. No todavía. – Me acurruco a su lado y me tumbo en la cama. Todo está sumergido en una gris melancolía pegajosa de la que quiero separarme.

- ¿Y cuándo va a venir? – Inquiere ella.

Pienso.

Pienso en la playa.

- Sabrina.

- ¿Qué?

- ¿Quieres ir a la playa?

Asiente y llora un poco.

La envuelvo en su manta, y luego en su toalla de colores y la llevo al coche. Está débil, pero aún puede caminar lentamente. Conduzco adormilada y aparco aún peor, y llevo a Sabrina en volandas hacia la arena. Nos tumbamos sobre la inmensa playa y oímos la arena crecer y crecer, y a los gusanos cavar túneles a centímetros bajo nosotras. La tomo de la mano. Entonces creo que me está mirando y que se compadece de mí.

Aunque sea ella la que está enferma.

Aunque sea ella la que puede dejarme.

- ¿Crees que encontraremos un cangrejo ermitaño, Sara? – Pregunta suavemente. Su voz está mejor. Su mente más clara, se acuerda.

Silencio.

Silencio absoluto.

Los gusanos bailan.

- Yo ya tengo uno.

Me mira y sonríe.

3.er Premio | **Lucía Fernández Rodríguez**
Categoría Escolar B | Ujo - Mieres

Yakiv y el espejo mágico

Lucía Fernández Rodríguez

20 de Octubre, 2005. Mieres
(Seudónimo: Lollypop Dance)

Nací en Mieres el 20 de octubre de 2005. Vivo en Ujo, un pueblo pequeño que pertenece a este concejo, y estudio 1º de secundaria en el IES el Batán.

Mis aficiones son: leer, bailar y la música. Me gusta leer novelas de misterio y suspense. Hago baile moderno desde que tenía dos años. Ahora estoy aprendiendo nuevas tendencias de danza urbana como el hip-hop o funky. También hace cuatro años que voy a clases de guitarra española.

De mayor me gustaría ser paleontóloga.

Yakiv y el espejo mágico

En una pequeña aldea entre montañas, al norte de Ucrania, vivía Yakiv, un niño de doce años, con sus abuelos.

Su padre había fallecido en la guerra en el Donbáss y la madre aún estaba desaparecida.

La casa era enorme, tenía muchas habitaciones y un gran jardín. En él había un pequeño laberinto de setos al que Yakiv le gustaba ir a jugar al escondite con su perro. También tenía una cabaña en lo alto de un viejo roble. Allí guardaba muchos recuerdos de su infancia. Su gran tesoro era una foto de sus padres a los que nunca podría olvidar. Todas las tardes, subía a la cabaña para otear el horizonte, nunca perdía la esperanza de que su madre regresara.

Todos los días, Yakiv caminaba un gran trecho para ir al colegio. Un día, por el camino, vio algo a lo lejos que brillaba. Al acercarse, encontró un pequeño trozo de espejo. Y así, día tras día, fue encontrando trocitos de espejo y llevándolos a la cabaña del árbol. De repente, al intentar unirlos todos, salió de él un gran resplandor. Yakiv se quedó atónito. El espejo mostró la imagen de su madre rodeada de tiendas de campaña, lo que parecía un campo de refugiados.

El niño fue a casa y, sin decir nada, preparó una mochila y emprendió viaje hacia el este de Ucrania. Recorrió varios pueblos hasta llegar al campo de refugiados. A la entrada, un hombre de aspecto despreciable lo retuvo; pero él era muy astuto y logró escaparse. Se escondió en una tienda donde vivían dos familias con sus hijos. Yakiv les mostró la foto de su madre y ellos le ayudaron a encontrarla. Al verse ambos, no pudieron contener la emoción y se unieron en un gran abrazo. Fue la mayor ilusión de su vida. Juntos regresaron a casa de los abuelos.

Premio Local | **Raquel Álvarez Arias**
Categoría Escolar B | Grado

Grado, amor y mercado

Raquel Álvarez Arias

27 de Mayo de 2001, Grado
(Seudónimo: Pandereta)

Mi nombre es Raquel Álvarez Arias y nací en esta villa el 27 de mayo de 2001. Curso 2º de Bachillerato de Ciencias Sociales en el IES Ramón Areces y mi etapa de infantil y primaria fue en el C.P. Bernardo Gurdiel.

Entre mis principales aficiones se encuentran el cine, el baile, el teatro, la lectura y sobretodo la música. Formo parte de la Banda Gaitas Conceyu Grau en la sección de percusión, aunque también toco la gaita. Además me encanta viajar, pues creo que la vida es como un libro y, si no viajas, siempre estás en la misma página.

En cuanto a la escritura, siempre me gustó y, aunque ya me presenté a este concurso con anterioridad, es la primera vez que recibo un premio. Recientemente, también fui la ganadora de un concurso de relatos cortos organizado por el IES César Rodríguez con motivo de su 50 aniversario.

Desde estas líneas animo a toda la gente a seguir cosechando el maravilloso arte de escribir, y aprovecho para felicitar también al resto de ganadores.

Grado, amor y mercado

Si echo la vista atrás, no puedo recordar con certeza y claridad el momento en que lo vi por primera vez, el lugar puedo suponerlo; de lo que sí me acuerdo perfectamente es de cuando sentí por primera vez esas dichosas mariposas en el estómago, de las que tanto hablan en las novelas adolescentes, al verlo.

Yo no tendría más de catorce años y él estaba a punto de cumplir los dieciséis, y fue en el mismo lugar en el que lo llevaba viendo todas las semanas desde que nací. Hasta empezar al colegio, era los miércoles y los domingos. De ahí no guardo grandes recuerdos, sólo lo que me cuenta mi madre de que jugábamos juntos en el carricoche detrás de nuestro puesto.

Cuando empezó la etapa escolar pasamos a vernos sólo los domingos y por eso era mi día favorito. Sus padres vendían ropa interior, calcetines, medias, corsetería, pijamas, batas y todo esos menesteres de lencería fina propia de los mercadillos. Mientras tanto, los míos vendían ropa de señora unos metros más arriba, mi puesto era conocido por las rimas a todo volumen que mi padre gritaba para que las señoras se acercaran. Nuestras familias se llevaban muy bien, porque ya mis abuelos y los suyos mercadeaban juntos.

Ahora voy a contaros como era mi día a día cada domingo en el mercado, antes de que sintiese esas mariposas en el estómago. Llegábamos a Grado hacia las ocho de la mañana, mi padre nos posaba a mi madre y a mí para irnos a desayunar un pincho de calamares. Mientras, él aparcaba el furgón en la calle Manuel Pedregal, a la altura del estanco, para ir descargando la mercancía y aquel sinfín de hierros que componían la endeble estructura ambulante que simulaba una tienda. Al rato, mi madre y yo regresábamos para ayudarle a colocarlo todo.

Después de montar todo el tenderete, a eso de las nueve de la mañana, Rodrigo y yo siempre hacíamos un recorrido por entre las calles del mercado. Saludábamos y llamábamos por su nombre a los tenderos habituales, mirábamos el escaparate de La Casa Grande por sí había alguna novedad y la parada más que obligatoria en el quiosco Colorines. Al acabar, íbamos a los bancos de la Capilla de los Dolores para comernos las chucherías. Allí hablábamos de las travesuras que habíamos hecho durante toda la semana, de las novedades del colegio, de los nuevos cromos que habían salido, de las veces que nos riñera la seño y de lo mucho que nos gustaba Miliki.

Pero ese caluroso domingo del verano del ochenta y seis fue algo distinto. Sus ojos color aceituna brillaban más que nunca, sus mejillas relucían como dos soles en su cara, aquellas pecas de las que tanto me había burlado parecían deliciosas pepitas de chocolate. Quizás fuese la emoción del momento, pero hasta parecía que él también me miró de forma diferente.

Él se sentó en un extremo del banco y yo a su lado. Él estaba comiendo una chocolatina y yo una bolsa de regalices. Él me cogió la mano y yo me ruboricé. Yo le miré y él me robó un beso. Todavía hoy puedo recordar cómo una ola de emociones se apoderó de mi cuerpo. Por un lado estaba la felicidad y el estar entre las nubes, pero por el otro estaba la repugnancia e incomodidad, pues éramos amigos de toda la vida.

Tras el beso, los dos nos quedamos en silencio, nos miramos y sonreímos. Decidimos volver donde estaban nuestros padres sin levantar sospecha, como si nada hubiera sucedido. A partir de ese domingo, como cabía imaginar, todos los sucesivos cambiaron la rutina y aquel recorrido preestablecido años atrás.

Fuimos creciendo, compartiendo sueños, ilusiones, viajes, risas, llantos, amigos, fiestas, penas, abrazos, besos y sobre todo mucho amor. Después de casi

dos décadas del primer beso, anunciábamos la boda a nuestros padres. Los cuatro lloraron de emoción y alegría al recibir la noticia. Y unos meses más tarde llegó el día del enlace; fue algo sencillo, familiar, sin grandes sobresaltos. No hubo ni cura, ni iglesia, ni alfombra roja, ni gaiteros a la entrada, pero lo que sí hubo fue Grado y mercado.

Aquel imponente y deslumbrador edificio que fue testigo de todos nuestros secretos, preocupaciones, besos y alegrías, fue el que nos albergó, como no podía ser de otra manera, un cálido domingo de agosto, para darnos el sí quiero. El banco de aquella plaza, permanecía allí, eso sí, un poco más viejo, degastado y seguro que con alguna que otra historia más para contar.

Ahora, con cincuenta y dos años debatiéndome entre la vida y la muerte por culpa de esa maldita enfermedad que lleva por nombre un signo zodiacal, estoy escribiendo para dejar constancia y legado a mis hijos y generaciones posteriores de todo lo que hay detrás de esas personas que cada mañana levantan sus puestos, regalándonos la mejor de sus sonrisas cuando les visitamos. Llenando de vida y color las calles de nuestros queridos pueblos. Especialmente, guardo en el recuerdo al de Grado, que me vio crecer y que, por supuesto, siempre llevaré en lo más profundo de mi corazón.

Valentín Andrés y Grado

Gustavo Adolfo Fernández Fernández

CRONISTA OFICIAL DE GRADO

Conferencia pronunciada el 27 de septiembre de 2007 en la Casa de Cultura de Grado en el marco de las Jornadas Homenaje a Don Valentín Andrés Álvarez en el 25 aniversario de su fallecimiento.

En primer lugar quiero agradecer a mis compañeros de la Asociación Cultural Valentín Andrés, así como al resto de personas e instituciones organizadoras de estas jornadas, que me hayan invitado a dar esta conferencia sobre Don Valentín Andrés Álvarez y Grado cuando hay unas cuantas personas, algunas de ellas hoy aquí presentes, que podrían desempeñar este papel igual o mejor que yo.

Me van a permitir también que dedique mis palabras a Celestina Álvarez "Tini", nuera de Valentín Andrés y viuda de su hijo Valentín Andrés Álvarez Corujedo, una persona de extraordinaria generosidad y amabilidad, de la que me precio ser amigo, siempre presta y dispuesta a facilitarme información y material para esta conferencia o para aquella exposición que también organizamos en homenaje a Don Valentín hace unos años.

Como muchos de ustedes saben yo soy bibliotecario, el bibliotecario de Grado, y al plantearme cómo abordar esta ponencia me di cuenta de que lo más adecuado podía ser precisamente ejercer mi profesión. Los bibliotecarios somos intermediarios entre la información y los ciudadanos, entre los libros y los lectores. Así, en la medida que pueda, trataré de ser un mero guía, un transmisor o intermediario entre las palabras de Valentín y ustedes, el público que llena hoy esta Casa de Cultura.

Son varios los puntos que pretendo tratar en mi conferencia, por un lado repasaré una parte de la biografía de Valentín Andrés, aquella más íntimamente ligada a Grado (su infancia y adolescencia, sus vacaciones en su pueblo natal y

sus estancias más prolongadas tras su jubilación). En un segundo apartado extraeremos de la obra de Valentín su faceta como cronista de Grado, son las curiosidades, las historias y las anécdotas sobre su pueblo que su pluma salvó del olvido. Finalmente tendremos también tiempo para buscar en la obra literaria de Valentín referencias, citas o huellas de su pueblo natal.

Apunte biográfico

La relación entre Valentín y Grado comienza de una forma natural, con su nacimiento en la villa el 20 de julio de 1891, más concretamente en el número 17 de la calle Manuel Pedregal. Pero Valentín sabía muy bien como dar lustre a las historias y en su *Apunte autobiográfico* nos cuenta su natalicio de una forma mucho más hermosa y literaria: *"El día 20 de julio de 1891, a las nueve y media de la mañana, estaba yo en los linderos misteriosos de la irrealidad. Segundos antes era un ente ultramundo, sobrenatural, y aunque al momento iba a dejar de serlo, cometí todavía cierta hazaña de trasgo: la de entrar en mi casa de Grado (Asturias) sin valerme de puerta ni ventana. Porque no venía de la calle; venía del otro mundo. Acababa de nacer".*

El padre de Valentín Andrés era un farmacéutico de origen leonés —del pueblo de Cármenes— de carácter alegre y comunicativo, aficionado al teatro y a la música. Mientras que su madre, Victoria Álvarez Rodríguez, era oriunda de una antigua familia avilesina. *Su hijo la describe en Memorias de medio siglo como "una mujer de mucho carácter. No sé si a consecuencia de la muerte de mi hermano, la vi siempre triste y silenciosa, y vestida de negro…* En efecto, Valentín tenía un hermano mayor, Ramón, que murió como consecuencia de una enfermedad a los doce años cuando el pequeño Valentín contaba tan sólo siete. Desde entonces se crió como hijo único. Además, era un niño algo enfermizo, lo que provocó que fuera *"objeto de grandes preocupaciones caseras".* De nuevo en sus *Memorias* recuerda que *"no me dejaban salir de casa si hacía mucho frío, mucho calor, mucha humedad, mucho viento, así que mi libertad estaba regulada por el termómetro, el barómetro y el higrómetro. Pero, a pesar de tanta vigilancia, yo era un niño bueno, porque nunca tuve fortaleza, salud ni libertad para ser malo".*

Por fortuna, estas indisposiciones fueron menguando con el paso de los años hasta desaparecer y le sirvieron para que un médico le recomendara pasear por el campo, y así lo hizo muy a menudo con su padre, observando y conociendo el entorno natural de Grado y su comarca. Por cierto que esta afición que él mismo denomina *"montañismo veraniego"* (en el artículo *Sin pies ni cabeza* publicado en julio de 1934 en el diario *La Voz*) continuó cultivándola a lo largo de toda su vida con sus amigos moscones.

Para el decimosegundo volumen de cuentos del concurso que organiza la Asociación Cultural Valentín Andrés, transcribí una entrevista inédita que Luis Martínez le hizo a Valentín cuando éste había cumplido ya los noventa años. Se trata de una conversación informal, grabada en video y de gran interés porque nos encontramos con un Valentín relajado, entre amigos, en su casa de Grado y comentando anécdotas y recuerdos de su pueblo natal. Se muestra en todo momento complaciente y generoso pues sabe que sus palabras van dirigidas a sus paisanos. Así, al ser preguntado por lo que representa para él ser moscón no duda en afirmar que *"representa lo más importante casi de mi vida. Porque en Grao nací, en Grao me crié, en Grao tengo mi casa y con una de Grao me casé. ¿Qué más puede representar! (…) Grao es el pueblo de mi infancia y por tanto el pueblo que más quiero del mundo, hasta tal punto que si no fuera por mis hijos y mis nietos yo viviría en Grao todo el año (…) en Grao nunca tengo ninguna enfermedad, todas las tengo en Madrid".*

Don Valentín reconoce que ese Grado de principios de los años ochenta del siglo XX era muy distinto al de su juventud e infancia y dice que *"antes yo conocía a toda la gente y ahora no conozco a nadie, a una minoría insignificante, porque Grao creció mucho. Yo vivo en Grao, pero en el Grao de mi época; para mí no existe otro Grao que el de final de siglo XIX y el de principios del XX".*

De nuevo en sus *Memorias* recuerda que a pesar de su corta edad *"sentí, vagamente, la emoción general del fin de siglo y el nacimiento de otro".* Y también hecha mano de su habitual y característico humor cuando dice que *"en 1901 cumplí nueve años. Entré, pues, con uso de razón en el siglo que iba a hacer tan poco uso de ella".*

Del recuerdo de su etapa escolar en Grado surge una de sus frases más conocidas, una de sus citas más repetidas: *"De mi asistencia a la escuela recuerdo muy bien el día que me entregaron los dos primeros libros venidos a mis manos: uno de Aritmética y otro de lectura. Cuantos libros leí después no se diferenciaron gran cosa de éstos. O fueron de cuentas o de cuentos".*

La ya mencionada entrevista nos aporta otros datos interesantes: *"iba* —dice— *a la escuela que llamaban de Carola con Manolín el del Plantín, pero nos escapábamos todos los días".* Aquella escuela de Carola estaba ubicada en una vieja capilla que había a la derecha de la iglesia parroquial y sus maestros fueron Don Antonio "El Caimao" y "El Trili", éste último de escritura. También en la villa recibe clases de piano por parte de Arturo Cuesta, hijo del poeta Teodoro Cuesta y ya por aquel tiempo conoce a la que luego será su mujer, Carmen Corugedo, vecina también de Grado.

Valentín rememora con nostalgia su escuela, todas las escuelas en general, al comienzo del cuento *Telarañas en el Cielo* publicado en el nº XXX de la *Revista de Occidente* fechada en diciembre de 1925. *"Ya no existe* —escribe— *aquel viejo caserón. A golpe de piqueta fueron quitando las múltiples fachadas superpuestas que pertenecieron a tantos horizontes diversos. Quien derriba una casa no sabe nunca cuántas casas derriba".*

Telarañas en el Cielo es una hermosa historia, autobiográfica en gran parte y un homenaje a su pasión por la astronomía que ya se fraguó en su época escolar. El protagonista de esta obra es un trasunto del propio Valentín que nos cuenta la fascinación que de niño le producía una esfera armilar que había sobre un viejo armario de su escuela; aquel objeto extraño captó de inmediato la atención del niño, hasta que *"el maestro reunió un día en torno a su mesa la sección de mayores, bajó del armario el artefacto misterioso, lo desempolvó y después de colocarlo en medio del corro, dijo:/— Esto que veis aquí en medio es el Universo —lo pronunció con mayúscula./ Después habló del ecuador y de los polos, del cenit y del nadir, del eje del mundo y de la elíptica, de los doce signos del zodíaco… palabras que, desde entonces, quedaron grabadas en él con todo su encanto celeste".*

El cuento continúa con el maestro trazando en el encerado el perfil del globo terráqueo *"…como veis, su forma es la de una naranja. Esto último, francamente, no lo veía él ni ninguno de sus compañeros. El maestro, mal pedagogo, no se daba cuenta de que eso de la naranja sólo es verdad en los libros y en Valencia. En Asturias, donde ocurría esto, la Tierra no puede tener más forma que la de una manzana reineta".*

Tras cursar los estudios primarios y el bachillerato en su villa natal, y tras un año académico en la Universidad de Oviedo realizando el preparatorio para el ingreso en las Facultades de Ciencias, Farmacia y Medicina, Valentín se traslada a Madrid para continuar su formación. *"Madrid* —nos dice— *tenía medio millón de habitantes, era un pueblo precioso".*

Valentín cronista de Grado

Como ya comenté, Valentín Andrés recoge (en sus *Memorias,* en su *Apunte autobiográfico,* así como en otros de sus textos y entrevistas) episodios, hitos, anécdotas o curiosidades de la historia reciente de Grado que a él le tocaron vivir. Son recuerdos de un tiempo en que Don Valentín Andrés era *"Valentín el de la botica",* en Grado todos los vecinos han tenido, tenemos y seguro que tendrán mote. Son evocaciones de su infancia y juventud, cuando el trayecto entre Grado y Oviedo se hacía en diligencia y se tardaba entre dos y tres horas. Su primera visita a la capital del Principado fue viajando *"en coche de caballos hasta Trubia y allí tomamos el tren".*

Valentín rememora la inauguración de la estatua en honor a Pedregal, sus juegos o las peleas a pedradas entre los niños de Grado y San Pelayo disputándose el puente que unía, o en aquel caso separaba, ambas localidades. También hay recuerdos trágicos como cuando, allá por 1894 ó 95, pasó por la villa, camino de Tineo, una tropa de guardias civiles a caballo custodiando a un condenado a muerte por garrote, y cómo salieron de Grado varios coches para ver aquel macabro espectáculo.

En los porfolios de las fiestas locales escribe sobre el origen de las mismas, del primer automóvil que pasó por

la villa moscona en el año 1896 y del asombro general que causó aquel *"coche sin caballos",* de la llegada del fútbol a Grado, con el primer partido que se jugó en el Campo de San Antonio —el actual Parque de Abajo— Un tema, éste último, que retomaría más detalladamente en sus memorias, donde cuenta cómo los juegos tradicionales, con siglos de pervivencia, prácticamente desaparecieron de un plumazo ante el éxito del fútbol que introdujeron en Asturias los jesuitas a través de su colegio de Gijón.

<Hacia 1903 —escribe— vino a jugar a mi pueblo, contra el equipo local, uno de Oviedo, en el que venía de "golkeeper" (portero) el que fue gran periodista y escritor, Fernando Vela. El juego se desarrolló muy a lo español de entonces, con grandes discusiones y sin hacer el menor caso del "refere" (árbitro). El resultado fue que los ovetenses, mejores jugadores que nosotros, nos metieron treinta y siete goles. Nosotros no pudimos meter más que veinticinco>.

La firma de Valentín Andrés aparece además en las dos únicas publicaciones con pretensiones literarias que se editaron en Grado en la década de los años veinte. En el *Álbum Comercial, literario, gráfico y descriptivo* de 1924 donde publica un cuento de humor, un chiste literario si se quiere, titulado *Interrogatorio Médico* y del que no voy a chafarles el argumento ni la gracia final. El otro, es un libro publicado a beneficio de los damnificados en la inundación del río Martín del año 21 y en el que colabora un extenso elenco de eruditos y escritores asturianos como Aurelio de Llano, Fernán Coronas, Concha Espina, Marcos del Torniello, Constantino Cabal, Palacio Valdés, Pachín de Melás o el propio Valentín con una poesía en llíngua asturiana titulada La Paxarina.

En la primavera de 1921 Valentín regresa a Grado. Según publica Ángela Ramos Vallejo en su tesis doctoral sobre la *Vida y obra de Valentín Andrés Álvarez,* lo hizo por motivos de salud; mientras que en otra tesis sobre nuestro autor, en este caso de Virginia García Gontán, se afirma que fue por mandato materno tras regresar de sus correrías por Paris. En todo caso, permanece en Asturias casi todo aquel año y fue entonces cuando concibió su obra teatral *¡Tararí!* aunque ésta no se estrenaría —como sabemos con gran éxito— hasta ocho años más tarde.

La grave inundación provocada en la villa moscona por la crecida del río Martín el 20 de septiembre de 1921 le sorprende en la sidrería *El Infierno* con su amigo *"Burié". "Estábamos cenando unas perdices —dice Valentín— Y sentimos que llovía mucho, pero creíamos que no era más que una lluvia corriente. Como a las once y media nos despedimos y al ir para casa, al llegar a la plaza me encuentro con que ésta es un lago, un lago por el que no se podía pasar porque el agua llegaba hasta la rodilla; entonces di la vuelta para venir por la carretera general, pero la carretera era también un río tremendo".*

Otro episodio destacado en la historia cultural de Grado, y que tuvo como protagonista a Valentín Andrés, fue la estancia de su amigo Federico García Lorca en nuestra villa con motivo de la primera representación en Asturias de *La Barraca* en septiembre de 1932. Cuentan las crónicas periodísticas de la época que el alcalde de Grado, el Sr. Tarrazo envió a la banda municipal de música a esperar a la entrada de la villa la llegada del autocar de la compañía, a la que recibe con las notas del himno de Riego. La representación, tres entremeses de Cervantes, tuvo lugar a las diez de la noche en una abarrotada plaza del General Ponte, lugar donde hoy se conserva una placa conmemorativa. Estaba previsto que Lorca y los integrantes de *La Barraca* pernoctasen en la casa familiar de Valentín, pero tal y como recuerda su hijo Juan Álvarez Corugedo, la casa apenas sirvió como fonda pues todo el elenco de la compañía, con Lorca a la cabeza, Valentín y algunos amigos de Grado, pasaron buena parte del la noche de fiesta, oyendo cantar tonada a un gran interprete local que Boni Ortiz (en *Lorca y Asturias*) identifica con Prudencio Merino *"El Polenchu",* algo que el propio Valentín niega al ser preguntado por ello en la entrevista de Luis Martínez que ya mencionamos anteriormente:

<El Polenchu no era, el Polenchu era otro —afirma sin asomo de duda—Estuvimos en una taberna que había aquí que llamaban El Cabañu, que estaba en la calle La Pedrera. Y allí estuvimos toda la noche oyendo cantar a ése, no me acuerdo como se llamaba>.

Fuera *El Polenchu, Gelín o Pepe El Repicau,* los tres intérpretes moscones de canción asturiana más afamados, a

buen seguro que Lorca disfrutó de lo lindo con su amigo, teniendo en cuenta su aprecio por el folklore popular. Pero Lorca no fue el único amigo ilustre que visitó a Valentín en Grado y, entre otros, Manuel Azaña estuvo también en su casa moscona cuando vino a Asturias a un tribunal de notarías.

El periodista y escritor asturiano Juan Antonio Cabezas (en un artículo publicado en *ABC* el 26 de enero de 1980 sobre los 50 años del estreno de *¡Tararí!*) nos cuenta que a finales de los años veinte conoció y entabló amistad con Valentín Andrés Álvarez. Cabezas, que por aquel entonces dirigía el diario ovetense *El Carbayón,* escribe que *"pasaba mis tardes literarias en la villa de Grado (…) Había por aquella época en Grado dos <chigres> famosos y contrapuestos por sus nombres: el <Infierno> y <Pepe el Bueno>. Solíamos alternar nuestras visitas, según que nos propusiéramos merendar fuerte o simplemente tomar unos <culines> de sidra, con tapas o <taquinos> de bacalao frito, huevos duros y queso de <afuega el pitu>. En los chigres de Grado, entre <culín> de sidra y taco de bacalao, conocí y traté por entonces algunos escritores de la que iba a ser generación del 27, que entonces eran la admiración de los que aspirábamos a serlo. Entre otros amigos de Valentín conocí en Grado a Benjamín Jarnés y a Ramón Gómez de la Serna".*

En este artículo, Juan Antonio Cabezas narra también cómo se fraguó en Grado el estreno de *¡Tararí!: "En una de aquellas tardes veraniegas pasadas en Grado, Valentín me había descubierto un secreto. Me leyó el primer acto de una comedia que acababa de terminar. Era una deliciosa farsa humorística, que titulaba <¡Tararí!>".* Cabezas era amigo a su vez del matrimonio de actores compuesto por Margarita Robles —hija del pintor asturiano del mismo apellido— y Gonzalo Delgrás, que más tarde adquiriría fama como director de cine. Aprovechando que se encontraban en Oviedo por la temporada veraniega del Teatro Campoamor, les habló con entusiasmo de la obra. *"Unos días después —relata Cabezas— era domingo. Yo me proponía pasar la tarde en Grado, quizá con la ilusión de que Valentín me leyese el resto de la comedia <¡Tararí!> Cuando iba por la calle de Argüelles, hacia la estación del ferrocarril Vasco-Asturiano, me encontré con Gonzalo Deliras. Le dije a dónde iba y le invité a acompañarme y aceptó. Delgrás, que era un verdadero*

experto, comprobó la gracia y originalidad de <Tarari> y se trajo a Oviedo el libreto para continuar su lectura. Pronto me manifestó su entusiasmo, pese al inconveniente de no tener papeles femeninos. Nueva visita de Delgras a Grado, una entrevista con Valentín en el café Cervantes de Oviedo, y el estreno en Madrid quedo convenido para el próximo mes de septiembre".

La obra fue un éxito de público y de crítica por los escenarios de los Teatros Lara, La Zarzuela y el Alcázar, entre los críticos que más la elogiaron estaba Manuel Machado, Diez Canedo o Enrique de Mesa.

Más allá de todas estas anécdotas, de todos estos recuerdos sobre Grado que he leído de boca del propio Valentín, podríamos hacernos varias preguntas, aunque resulten tópicas e ingenuas: ¿Qué importancia pudo tener su pueblo en la configuración de su personalidad, en su manera de encarar la vida, en su inquietud intelectual? ¿Tuvo algo que ver la tradición comercial y el mercado de Grado con su orientación profesional canalizada hacia la economía? ¿Su sentido del humor, su fina ironía son herencia de la "galga" moscona? No seré yo quien responda, aunque sí que nos aporta algunas pistas en este sentido su hijo mayor. En el porfolio de las fiestas de Santiago y Santa Ana de 1991, Valentín Andrés Álvarez Corugedo publica un escrito con motivo del centenario del nacimiento de su padre, unas líneas que nos hablan del cariño de Don Valentín hacia Grado, que el llamaba *"su pueblín".*

Entre otras anécdotas recuerda una visita a España del premio Nobel de economía Vasili Leontief, que durante una sobremesa en su casa madrileña le preguntó a Valentín sobre sus escritos de Teoría del Mercado y éste le contestó lo siguiente (y reproduzco textualmente las palabras que Álvarez Corugedo atribuye a su padre): *"Mire usted, sobre el mercado todo lo aprendí en Asturias, en mi pueblo natal de Grado; allí se celebran dos mercados semanales; en ellos se dan las mismas situaciones que en cualquier mercado mundial, o bolsas de comercio, desde la libre competencia, el monopolio, o cualquier otro fenómeno".*

En Grado tenemos un cantar, un dicho con algunas variantes que dice más o menos:

"Una tienda en cada esquina
hay en la villa de Grado,
los hombres en la taberna,
las mujeres trabajando"

En este sentido, Valentín hijo afirmaba que su padre admiraba la capacidad de iniciativa y trabajo de las mujeres mosconas, e ironizaba diciendo que *"todos los que fuimos algo en este pueblo, lo hicimos fuera de Grado, quizás porque nos encontrábamos demasiado bien aquí (...) Pero las mujeres supieron salir adelante y antiguamente era frecuente que una familia progresase cuando desaparecía el cabeza de familia".*

Durante la dictadura de Franco, Valentín vino poco a Grado y pasaba los veranos en Doriga (Salas). Ya han sido tratadas en otras ponencias de estas jornadas las ideas políticas de Valentín y sus problemas durante la guerra y la posguerra. En Grado muchos de sus libros dedicados por Lorca y tantos amigos escritores desparecieron, o peor aún, fueron pasto de las llamas de la intolerancia, y este fue un trago muy amargo que tardó mucho en poder digerir.

Ya jubilado, y con la llegada de la democracia a España, Valentín y su mujer recuperan y arreglan su casa de Grado, que habían tenido alquilada, y pasan cada vez más tiempo en ella. Algunos de sus escritos de entonces y el recuerdo de los muchos moscones que lo trataron, nos muestran a una persona muy preocupada y ocupada por los asuntos de *"su pueblín".* Recibía en su casa a jóvenes escritores locales a los que aconsejaba. Colaboraba en publicaciones locales como el porfolio de las fiestas. Suyo es el prólogo de la reedición del libro de Álvaro Fernández de Miranda *Historia de una comarca asturiana, Grado y su concejo* (es curioso que en Grado y sobre Grado se publica muy poco, pero sin embrago se reedita muchísimo, quizá porque es más fácil copiar, fotocopiar, que crear de nuevo). En el porfolio de las fiestas de 1979, por citar un ejemplo significativo, le dedica un artículo a otro moscón universal como Manuel Pedregal y Cañedo, apoyando la idea de restablecer la desaparecida estatua en bronce que se había erigido en su honor en el parque. Hoy sendos bustos de Pedregal y Valentín Andrés comparten espacio en el Parque de Abajo o de San Antonio, un lugar por el que tanto paseó e incluso jugó al fútbol, como ya vimos.

Grado en la obra literaria de Valentín Andrés

En el prólogo, ya citado, de la reedición de *Grado y su concejo,* decía Valentín Andrés que *"…es mucho más fácil escribir la historia de una ciudad que la de una villa. En una ciudad hay archivos, historias de monumentos, guías turísticas, periódicos y revistas donde se halla toda la historia que se busca, pero en una villa no hay nada de eso".* Algo parecido ocurre al tratar de rastrear las huellas de Grado en la obra del autor que nos ocupa. Sus textos hacen referencia a los grandes temas, a su especialidad en economía, sus artículos periodísticos hablan de la actualidad, escribió ensayos sobre Asturias y los asturianos en general… pero si rebuscamos un poco en su obra literaria también nos encontramos con referencias más o menos explícitas a su patria chica, sobre todo en la novela *Naufragio en la sombra* (Madrid, ediciones Ulises, 1930) y en su comedia teatral *Abelardo y Eloísa, sociedad limitada.* Son dos obras autobiográficas en gran parte, que repiten tanto tema como argumento, y donde utiliza los recuerdos de su adolescencia y juventud en un escenario, no nombrado, pero si reconocible, que es Grado y su comarca.

La novela cuenta una serie de acontecimientos cotidianos que suceden durante un verano en un pueblo asturiano. Lo cierto es que las descripciones del escenario son escasas, y las que hay se centran en el paisaje natural y no en la localidad donde se desarrolla la acción. Pero si leemos con detalle la novela y la obra de teatro veremos que la casa blanca de *José el americano* es El Capitolio, nos encontraremos paseando con los protagonistas por nuestro parque y con referencias toponímicas al concejo moscón como la aldea de Noceda, un jabalí que es atisbado en Salcedo o la cueva de Candamo. Nos toparemos también con el personaje de *"La Quica",* un mote que acaso pudo inspirarle una vendedora de Grado, bisabuela mía por cierto. En *Abelardo y Eloisa* se hace referencia al imaginario Marquesado de la Ribera que evoca a otro Marquesado real como el de la Vega de Anzo, mientras que la localidad de San Juan de las Mulas se asemeja demasiado a San Pedro de los Burros para ser una mera casualidad.

La huella de Valentín en Grado

Para concluir quisiera destacar, aunque sea muy brevemente, la presencia permanente de Valentín Andrés como referente y emblema cultural del que echamos mano en Grado en cuando tenemos ocasión.

Valentín da nombre a una calle de la villa, tiene erigido un busto en el parque obra de José Legazpi, hay una placa en su casa natal, ya en 1970 el Casino le nombra Presidente Honorario, desde 1979 es Hijo Predilecto del concejo y seguimos recordándolo con distintos actos y homenajes con motivo del centenario de su nacimiento en 1991 o los veinticinco años de su muerte con estas jornadas. Pero más allá de estos y otros reconocimientos por parte de sus paisanos, poco habituales por otra parte por aquello de que nadie, o casi nadie, es profeta en su tierra. Más allá de esto, digo, en Grado el mejor tributo que le podemos hacer, y de hecho se hace, es mantener viva su memoria vinculada siempre a la actividad cultural gracias a la Asociación y a la Biblioteca Municipal que llevan su nombre.

No obstante, a la Asociación y al Ayuntamiento aún les quedan un par de espinitas clavadas en relación a Don Valentín, una de ellas es la representación de *¡Tararí!* en Grado, que podría ser una realidad en breve. Otra propuesta, tan obvia como imprescindible, sería la reedición de sus obras literarias completas, o al menos sus novelas. Ambas iniciativas, si se materializasen finalmente, serían la forma ideal para que la obra y las palabras de Valentín Andrés Álvarez llegasen directamente a todos los moscones y a todo el mundo, sin intermediarios ni bibliotecarios de por medio.

Amado Favila González Hevia (Favila)

Autor de la Portada

Amado Favila González Hevia (Favila) nace en Grado en 1954.

Hijo de Amado y Esperanza y criado entre los pinceles y las espátulas de su padre, pintor y escultor, era frecuente verlo durante sus juegos infantiles por la calle de La Magdalena embadurnado en pintura, fruto de sus incursiones por el taller paterno, lo que marcaría, sin duda, toda una trayectoria que llevaría a convertirlo indiscutiblemente en uno de los mejores y más internacionales artistas plásticos de Asturias.

Desgranar todos los méritos y distinciones que ha obtenido a lo largo de su dilatada carrera es labor tan ardua como alejada de los fines de esta semblanza, por ello, bástenos con apuntar que, tras realizar estudios de Bellas Artes en Valencia, entre los años 1975 y 1980, comienza una vertiginosa y prolífica carrera, tanto en la faceta artística, como en la docencia, siendo en esta última profesor y conductor de artistas, alguno de los cuales llegan a alcanzar renombre y proyección más allá de nuestras fronteras como es el caso de Hugo Fontela (autor de la portada de nuestra pasada edición).

Favila ha llevado su obra por las más señeras galerías de este país y trabajado para importantes organismos e instituciones, tanto públicas como privadas. Su obra, sea pictórica como escultórica puede ser contemplada en espacios públicos como: la Plaza de toros de Oviedo, la Cúpula Mayor de la Iglesia del Cristo (Oviedo) y de la Capilla de la Virgen de la Luz (Avilés) además de plazas y calles de Oviedo, Boal, Avilés, Tenerife o en san Agustín de la Florida. Fue en esta última ciudad donde acude a la entrega, junto a los Reyes de España y el entonces Ministro de Asuntos Exteriores, señor Margayo, de un cuadro de su autoría encargado por la Casa Real, para conmemorar el 450 aniversario de la fundación de esa ciudad norteamericana por D. Pedro Menéndez de Avilés.

Favila, de cuya personalidad genial destaca una bonhomía que le ha llevado a dar a los demás y de manera altruista mucho más de

lo que recibe, ha sido reconocido con numerosas distinciones como: la Medalla de Oro de la Escuela de Artes y Oficios de Avilés, premio "Adelantado de Avilés" de la Cofradía del Bollo, premio de La Voz de Avilés por su trayectoria artística, premio Moscón de Oro de la Asociación Amigos de Grado y la inauguración en su villa natal de una calle que lleva su nombre.

La portada de este libro es la contribución de este artista admirable que no hace más que añadir valor al trabajo literario de los galardonados en la presente edición.

Eduardo Blanco

Manuel Astur
Autor del Prólogo

Manuel Astur (Sama de Grado, Asturias, 1980). Es autor del poemario Y encima es mi cumpleaños (Esto no es Berlín, 2013), de la novela Quince días para acabar con el mundo (Principal de libros, 2014) y del ensayo emocional Seré un anciano hermoso en un gran país (Sílex, 2015).

Ha publicado relatos en varias antologías, entre las que destacan Mi madre es un pez (Libros del silencio, 2011), Nómadas (Playa de Ákaba, 2013) y Los drogadictos (Demipage, 2017), y en revistas culturales como ABC Cultural, Culturas y El Cuaderno.

Del 2008 al 2010 fue el editor de la revista cultural ARTO! de Madriz. Colabora con artículos, reseñas y columnas en las revistas Tiempo, Quimera, Yorokobu, Ling, Qué leer y BCN Mes, en el diario asturiano El Comercio y en los medios digitales Revista de Letras, Microrevista, El Confidencial y CTXT, entre otros.

Es uno de los fundadores del movimiento artístico Nuevo Drama y su obra también se ha encuadrado en la corriente neorruralista de la literatura española.

En 2017 la Unión Europea, a través del proyecto Literary Europe Live, y la asociación de festivales europeos de literatura, Literature Across Frontiers, lo eligieron como una de las Diez nuevas voces (New Voices from Europe 2017) más interesantes del continente y único representante español.

Carmen Peláez
Autora de Ilustraciones

Se crió en contacto con la naturaleza. Fascinada por los colores del paisaje asturiano, aficionada al dibujo, ingresó como alumna de pintura en la Escuela de Artes y Oficios de Avilés, asistiendo paralelamente a las clases de óleo con Favila. Cursó otras materias, acuarelas, tintas, grabado, serigrafía y creatividad en la Universidad de Oviedo y en la Factoría Cultural de Avilés.

Tras su paso como monitora de artes en un Colegio Público, comenzó a trabajar como profesora titular de pintura y auxiliar de Favila en la referida Escuela de Artes y Oficios; formando parte de varias agrupaciones de pintores, realizando y/o coordinando diversas manifestaciones de participación ciudadana como carrozas, escena, clases magistrales, instalaciones, arte urbano y exposiciones colectivas. Todo ello compaginado con trabajos individuales de cartelería para diferentes entidades públicas y privadas y colaboraciones como ilustradora en diversas publicaciones del Principado.

Estamos ante una polifacética mujer, dinámica, inquieta y que todo lo que trabaja, quiere hacerlo bien. Así nos lo viene demostrando. No sabe lo que es hacer algo por pasar el tiempo y mucho menos por no aburrirse, siempre y cuando tenga a su lado una espátula, un pincel, unas pinturas o un simple lapicero para dar volumen a una manzana de reineta, a unos sifones, o a unos pimientos morrones, porque es una forma de practicar y agilizar diariamente en permanente evolución, su complicidad creativa con el espacio y la luz con el color, cuyo resultado demuestra su calidad artística en cualquier género pictórico, ya que además de enseñante, tiene obsesión por aprender y practicar de continuo con nuevas técnicas, con grabados, serigrafías, infografías, pirograbados, o con tintas chinas, óleos, acuarelas o acrílicos.

Sin duda alguna, reflejará en las ilustraciones de los relatos de este libro, con su lenguaje expresivo, el gusto y estilo que le caracteriza.

Miguel Ángel Fuente Calleja

Gustavo Adolfo Fernández Fernández

Autor del epílogo

Gustavo Adolfo Fernández Fernández es el Cronista Oficial de Grado/Grau. Licenciado en Historia, especialidad Archivística y Biblioteconomía, por la Universidad de Santiago de Compostela. Desde 1998 es funcionario del Ayuntamiento de Grado/Grau, primero con el puesto de Bibliotecario y posteriormente como Coordinador del Área de Cultura.

En cuanto a su experiencia en los medios de comunicación, fue corresponsal del diario La Nueva España para la comarca de Grado desde enero de 1995 hasta septiembre de 1998. También fue corresponsal para esta misma zona del semanario en lengua asturiana "Les Noticies" y del periódico mensual "El Progreso Central Asturiano". Fue director y responsable de varios programas de la emisora local "Radio Grado"; coordinador durante una etapa del "Eco de Grado", colaborador de Telenarcea y otros medios.

Tras aprobar en 1998 las oposiciones como funcionario, deja atrás su labor periodística, aunque vuelve a colaborar desde 2002 con los periódicos "La Nueva España" y "La Voz del Cubia" mediante una serie de artículos de opinión sobre Grado. Estos y otros artículos, prólogos de libros y otros escritos relacionados con el concejo moscón pueden leerse en su blog http://cronicasmosconas.blogspot.com.es/

En el año 2004 se le concedió el Premio Periodístico "Moscones en Xixón" en su primera edición por el artículo "El mercado de Grado en peligro".

En el ámbito de las bibliotecas y la gestión cultural ha participado como conferenciante en varios congresos y jornadas, también tiene artículos en diversas publicaciones especializadas. Un proyecto suyo recibió el premio nacional de Dinamización Lectora para Bibliotecas en 2001, la primera vez que se entregaba, y que organiza anualmente el Ministerio de Cultura y la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP).

Publica habitualmente en la revista de creación literaria “Las Hojas del Foro de Creación y Lectura”, de la que forma parte de su consejo de redacción.

Ha publicado artículos sobre la historia, etnografía y patrimonio de Grau y Asturias en distintos medios. Es autor del libro “Patrimonio olvidado: Hórreos y paneras en el concejo de Grau” y del Inventario del Patrimonio Histórico, Artístico y Natural de la Asociación de Concejos del Camín Real de la Mesa. También ha participado como conferenciante en distintos congresos y jornadas sobre estos temas y celebrados en distintas localidades asturianas. Es coordinador de la revista de historia y temas locales “Grado-Grau, villa y alfoz” y de la colección “Monografías Mosconas”.

Índice

Historial de Premiados

Índice

Prólogo
Cazar el búfalo 3

Primer Premio
La casa que me habita
Nelida Leal Rodríguez 9

Segundo Premio
Pandora al amanecer
Juan Carlos Fernández León 23

Primer Premio - Categoría A
El olvidado
Enol Menéndez Pevida 39

Segundo Premio - Categoría A
Un ser diferente
Candela Pérez García 45

Tercer Premio - Categoría A
Una historia de gatos
Ricardo Lencero Fernández 51

Premio Local - Categoría A
La vida de un gorrión en Grado
Illán López Álvarez 57

Primer Premio - Categoría B
Nocturno Op.9 Nº.2
Laura del Campo López 63

Segundo Premio - Categoría B
La primera noche
Elisa Palacios Moreta 69

Tercer Premio - Categoría B
Yakiv y el espejo mágico
Lucía Fernández Rodríguez..... *75*

Premio Local - Categoría B
Grado, amor y mercado
Raquel Álvarez Arias *79*

Epílogo de Gustavo Fernández
Cronista Oficial de Grado *85*

Biografía autor de la portada
Amado Favila González Hevia *97*

Biografía autor del prólogo
Manuel Astur *99*

Biografía autora de ilustraciones
Carmen Peláez *101*

Biografía autor del epílogo
Gustavo Adolfo Fernández Fernández *103*

Relación de ganadores del Concurso de Cuentos "Valentín Andrés"

I Concurso 1992
Güeyos d'ayeri - *José Antonio Fernández Martínez*

II Concurso 1993
El abuelo Tomás - *M.ª Asunción Bande Rodríguez*

III Concurso 1994
El álbum - *María Fernández Rodríguez*

IV Concurso 1995
Fin de selmana - *María Rodríguez Blanco*

V Concurso 1996
El cordero y la loba - *José Manuel Pérez Pérez*

VI Concurso 1997
Carta a la señora Monroe - *Xaviel Vilareyo y Villamil*

VII Concurso 1998
Blanco y negro - *Ana P. Fernández Magdalena*

VIII Concurso 1999
Mi querido hermano Rashi - *María Fernández Ibieta*

IX Concurso 2000
La frontera del huerto (relato de un esquizofrénico) - *Ignacio Tejón Mallo*

X Concurso 2001
Coses de los que falen pel fueu - *Pablo Rodríguez Medina*

XI Concurso 2002
La Biblioteca - *Alejandro Suárez Morís*

XII Concurso 2003
Las palabras de las serpiente - *Óscar Noguera Carrasco*

XIII Concurso 2004
De llanto & fierros - *Domingo A. Martínez*

XIV Concurso 2005
Mire, Chacho - *Antonio Rodríguez de Anca*

XV Concurso 2006
El regreso - *Mónica Marcos Celestino*

XVI Concurso 2007
Equilibrio - *Carlos Mateos López*

XVII Concurso 2008
El mentiroso - *Daniel Cortázar Frías*

XVIII Concurso 2009
Dromedarios de palma coloreada - *Rosario Acosta Nieva*

XIX Concurso 2010
Un millón de grullas - *Clara Isabel Aránega Pérez*

XX Concurso 2011
La memoria del Olivo - *Ginés Mulero Caparrós*

XXI Concurso 2012
El vuelo de una piedra - *Teresa Núñez González*

XXII Concurso 2013
Chocolate y niebla - *Rosario Acosta Nieva*

XXIII Concurso 2014
Hacer del corazón un quitanieves - *Miguel Sánchez Robles*

XXIV Concurso 2015
El canto del cárabo - *José M.ª García Lobo*

XXV Concurso 2017
La Flor de la amapola - *Alfonso Sergio Barragán Rincón*

GRAU / GRADO 2018

Gobierno del Principado de Asturias
Consejería de Educación y Cultura

Ilmo. Ayuntamiento de Grado
Concejalía de Cultura

GRADO SALUD
POLICLÍNICA

Obra Social "la Caixa"

Funeraria San Pedro
Tanatorio Villa de Grado

BENFER
ASTURIAS
MATADERO DE TINEO